

JAVIER DÍAZ TEJO (EDITOR)

APÓSTOLES EN LA LÍNEA DEL FUEGO

Vivencias y reflexiones desde la EREC
ante la pandemia



Ediciones Universidad Finis Terrae

JAVIER DÍAZ TEJO

Profesor de Religión y Psicólogo Organizacional, con el grado de Licenciado en Catequética por la Pontificia Universidad Salesiana (Roma) y Magíster en Educación.

Con cargos en distintos organismos catequéticos de Chile y América Latina, es autor de diversos artículos en revistas de Teología Pastoral nacionales y extranjeras, así como coautor de textos y subsidios para la educación religiosa escolar.

Actualmente es académico y Director de Investigación y Publicaciones del Instituto Escuela de la Fe de la Universidad Finis Terrae.

JAVIER DÍAZ TEJO (EDITOR)

**APÓSTOLES EN LA LÍNEA
DEL FUEGO**

**Vivencias y reflexiones desde
la EREC ante la pandemia**

Instituto Escuela de la Fe
Ediciones Universidad Finis Terrae

ISBN: 978-956-391-041-4

www.uft.cl/ediciones

www.escueladelafe.cl

Ediciones Universidad Finis Terrae
Av. Pedro de Valdivia 1646, Providencia
Teléfono: (56-2) 2420 7416

Corrector de estilo: Patricio Varetto Cabré
Edición: Santiago Aránguiz Pinto
Diseño: Francisca Monreal

Primera edición: agosto de 2020

Este libro es de formato digital y de acceso abierto.
Prohibida su venta.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-No Comercial-Sin Obra Derivada 4.0
Internacional.



Índice

Presentación	8
<i>El olvido de la trascendencia</i> Valentina Aguayo Mella	12
<i>“¿Dónde está Dios?” Siempre ha estado con nosotros</i> Claudio Aguilar Muñoz	14
<i>Esperar con esperanza</i> Álvaro Almendra Soto	16
<i>¿Clases de Religión virtuales?</i> Virginia Cruz Velázquez	21
<i>Disminuimos la distancia social disminuyendo la distancia física: dando y siendo protagonistas</i> Jorge Baeza Correa	23
<i>Tiempos de pandemia, tiempos de esperanza y alegría</i> Carmen Cuevas Oyarzún	28
<i>Algunas certezas respecto de los desafíos contextuales de las/los profesores de Religión</i> Lorena Basualto Porra	30
<i>Vivencias de una pandemia</i> Jessica Farías Arce	36
<i>Entre certezas e incertidumbres, estamos llamados a vivir nuestra vocación</i> Alejandro Cerda Sanhueza	39
<i>¿Cuál es tu superpoder?</i> María Angélica Aro Miranda	44

<i>¿Dónde está el foco de nuestra mirada?</i> Nubia Cerda León y Lilian Pinto Carreño	47
<i>En medio de la pandemia 2020</i> Isabel Hernández Vargas	53
<i>Anunciar la esperanza en tiempos de crisis, un llamado del Evangelio</i> Marcelo Correa Schnake	55
<i>Tiempos de disrupción</i> Carola Inaipil Jiménez	60
<i>Desafío de esta pandemia 2020</i> Javier Cortés Cortés	62
<i>Desde mi orilla</i> María Isabel Leiva Barra	69
<i>Certezas en época de incertidumbre</i> M. Solange Favereau Correa	71
<i>Streaming, vida y esperanza</i> Ximena Leiva Andreo	77
<i>¿Y ahora qué?</i> Isabel Margarita Gómez Rojas	79
<i>Un profesor no puede dejar de educar en tiempos difíciles</i> Bernardita Lizana Peña	85
<i>Acompañar, al estilo del Maestro</i> Mónica Hernández del Campo	87
<i>Metamorfosis forzada</i> Jeannette Poblete P.	91
<i>“Nadie se salva solo” o cómo el covid-19 nos recuerda que necesitamos del otro</i> Loreto Moya Marchant	93
<i>“Solo Dios basta”</i> Andrea Ríos	98
<i>La educación emocional, un desafío de la educación religiosa escolar en tiempos de pandemia</i> Jessica Navarro Navarrete	100

<i>Con Dios se puede todo</i> Rosa Romero Bravo	105
<i>Allanando la tierra, labrando, aireando y abonando</i> Cristian Prado Medel	107
<i>Educación virtual en tiempos de pandemia</i> Alexander Félix Sagas Vásquez	113
<i>Profesores de Religión: posibilidades y certezas</i> Albertina Quezada Bravo	115
<i>2020: una mirada distinta a la asignatura Religión</i> María Salas Retamal	121
<i>Oportunidades y desafíos de la educación religiosa católica en escenarios de crisis e incertidumbre</i> Pabla Rivera Iribarren e Ingrid Valdivia Díaz	123
<i>Docente de Religión hoy</i> Lucía Santibáñez Salazar	131
<i>¿Acompañar a otros en la experiencia de creer?</i> <i>Desafíos de una docencia que, en ocasiones, pareciera avanzar en solitario</i> Efraín Ignacio Sáez Montero	133
<i>Pastoral, pandemia y pobreza</i> Francesca Valentina Santoro Hevia	138
<i>Acerca de los fines y el sentido de la Educación Religiosa Escolar. ¿Con qué soñamos?</i> Francisco Vargas Herrera	140
<i>El sufrimiento: una oportunidad para plasmar el legado de Cristo aprendido en las clases de Religión</i> Javier Soto Molina	146
<i>Dios en modo online</i> Elizabeth Valdés Montecino	148

Presentación

En el último tiempo, y desde los ámbitos social y educativo, han surgido diversos retos a las y los docentes de Religión. Aparte de la situación desmejorada en la que suelen realizar su servicio pedagógico (por razones sociorreligiosas, legales, pedagógicas, eclesiales, etc.), quienes ejercen esta asignatura, junto con el resto de los docentes y miembros de las comunidades escolares, han debido hacer frente a dificultades inéditas. El cierre del año escolar 2019 fue muy difícil por la crisis social que se desató en el país, y, poco después, apenas iniciado el año escolar 2020, llegó nada menos que una pandemia.

En distinto grado, somos muchos quienes hemos sabido de las dificultades que han surgido entre los docentes de Religión al intentar llevar adelante los procesos formativos bajo modalidades impensadas solo unos meses antes. Modificar sobre la marcha la planificación anual, aprender a utilizar plataformas de videoconferencias, sentir frustración por las dificultades técnicas y humanas que han evidenciado las familias de los estudiantes, crear estrategias didácticas en un acotado rango de opciones, aparte del aumento de horas invertidas en la preparación de guías y videos para las clases, etc., son partes del cuadro; y todo esto sin considerar la preocupación por la propia salud o la de sus

seres queridos, las dinámicas de sus propias familias que a veces se han enredado con sus actividades laborales, sumadas al impacto afectivo por algunos testimonios dramáticos y hasta trágicos de sus estudiantes.

Es cierto, también hay cosas buenas, como la esperada edición del Programa de Religión Católica, con novedosas Bases Curriculares, publicado por el Área de Educación de la Conferencia Episcopal. Sin embargo, al conocer y al escuchar del esfuerzo diario de varios colegas por realizar sus clases o encuentros virtuales, no pude sino preguntarme: ¿cómo estarán sobrellevando esta difícil situación las y los docentes de Religión de nuestro país? Y me pareció pertinente elaborar con cierta prisa una publicación sencilla, cuyo sentido principalmente fuese ser un signo de admiración y de aliento hacia los miles de docentes de Religión que realizan su tarea pedagógica y su servicio evangelizador con calidad profesional y calidez humana, no pocas veces con fuertes desventajas frente a sus pares. A estas profesoras, a estos profesores, les llamo “apóstoles en la línea del fuego”, muchos de los cuales trabajan día a día en lugares y bajo condiciones donde otros profesionales evitarían estar.

Por ello, me contacté primero con cierto número de profesoras y profesores de Religión a quienes he tenido el gusto de conocer en algunos cursos a mi cargo (la mayoría, pero no todos, católicos). Les propuse redactar brevemente parte de las vivencias que, como docentes, han tenido durante los últimos meses. Como contrapunto, me pareció pertinente conocer qué opinan sobre esta situación quienes tienen una

visión teórica del proceso de desarrollo profesional docente. Con ese fin me comuniqué con académicos de diversas instituciones universitarias que han tenido programas de pregrado en Religión; la mayoría respondió con interés por participar. A estos expertos les solicité una breve reflexión para ayudar a las y los docentes de Religión a interpretar de modo adecuado lo que están viviendo. Pedí que pusieran particular cuidado en qué metas (en el plano pedagógico, institucional o personal) tendrían que plantearse en orden a enfrentar satisfactoriamente los desafíos que, sin duda, ya están tensionando su desarrollo profesional.

En ambos casos quizás la extensión es escasa para explicar tantas sensaciones, ideas y emociones, o enfoques, modelos y orientaciones pedagógicas. Es cierto, pero, ¡paciencia!: la urgencia por darles un espacio a unos para transmitir sus vivencias y a otros sus reflexiones, pero, en especial, el apremio por ofrecer apoyo a cientos de colegas que están en lugares apartados de nuestra geografía o ejercen su servicio en solitario, sin mayores redes, aconsejó que no era el momento para largos discursos, que debíamos diseñar pronto un producto.

Así, con el generoso aporte de docentes y académicos de nuestro país, el Instituto Escuela de la Fe de la Universidad Finis Terrae ha podido articular el diseño y publicación de una obra colectiva, digital, de acceso abierto, ¡para compartir con todo el mundo!; un estímulo para la lectura personal y, ojalá, para el comentario y el debate comunitario entre docentes; una obra que, aunque sucinta, esperamos que

ayude a acoger, sostener y orientar a otras profesoras y profesores de Religión de Chile y de países hermanos, ahora... y en las horas de incertidumbre que se abrirán ante la nueva “normalidad”.

Javier Díaz Tejo
Director del Área de Investigación y Publicaciones
Instituto Escuela de la Fe, Universidad Finis Terrae

Santiago, 31 de julio de 2020

El olvido de la trascendencia

Valentina Aguayo Mella
Docente en Constitución, región del Maule

Creo que la educación en Chile, en estos tiempos de pandemia, ha llegado a límites insospechados de exigencia. Exigencia que no solo ha afectado al cuerpo docente, sino también a muchos niños y niñas, adolescentes y universitarios. De un momento a otro, profesores sin previa capacitación montaron un sistema de educación de emergencia, ampliamente exigido y muy poco valorado.

Otro de los efectos colaterales de esta pandemia y el nuevo sistema para impartir clases es que, en los pocos espacios otorgados a la educación religiosa, nos enfrentamos a pantallas oscuras, micrófonos apagados, perdiendo completamente la comunicación bidireccional.

Desde este escenario, se ha privilegiado potenciar el área cognitiva del educando, relegando a un segundo o tercer plano su dimensión espiritual y su desarrollo integral. Así, la formación valórica, afectiva y espiritual se han considerado, en conjunto, como algo superfluo para miles de estudiantes. La clase de Religión, espacio donde se promueve la reflexión

sobre el sentido, finitud y trascendencia, queda postergada para potenciar otros aprendizajes.

La educación integral es un derecho. Al menos así lo proclama la Ley General de Educación, pero ni siquiera en las nuevas circunstancias que hemos enfrentado se ha facilitado su consecución. El aprendizaje se ha focalizado en asignaturas que cuentan con un sistema de medición estándar; y predominan prácticas que no están dando respuestas positivas entre los estudiantes. Se ha montado un sistema cada vez más excluyente y segregador, en un país que cada día se empobrece más. La clase de Religión siempre mantendrá su compromiso con la sociedad, pero es indispensable que otros agentes promuevan la educación espiritual, pues sin educación espiritual no hay desarrollo integral del ser humano.

“¿Dónde está Dios?”

Siempre ha estado con nosotros

Claudio Aguilar Muñoz

Docente en Puerto Montt, región de Los Lagos

Mis queridos lectores, quiero compartir con ustedes una reflexión con una pregunta inicial: ¿dónde hemos puesto nuestro foco en estos tiempos de revolución social y pandemia?

No creo equivocarme al decir que la incertidumbre social arrastrada desde el año 2019 y el protagonismo de la pandemia en los distintos medios de comunicación social a lo largo de este año han disminuido nuestra capacidad para saber enfrentar con fortaleza estos tiempos difíciles.

Por tanto, cabe preguntarse: ¿dónde está Dios en medio de esta realidad? ¿Será que Dios se ha revelado en nuestros tiempos? Dios, ¿ha corrido ese velo para poder mostrarse a nuestros sentidos en medio de la dificultad? Sin temor a equivocarme digo “sí”.

Dios se revela en medio de nosotros con un lenguaje sencillo y directo, que incluso es audaz en sus formas. Inicialmente es Dios quien actúa, quien sale a tu camino y al encuentro: se muestra a nuestros sentidos cuando un “alguien anónimo” difunde en las redes sociales un link

o un posteo relacionado con el “encuentro de ti mismo” y “encuentro con este Dios vivo y presente”. Desde esta lógica comunicacional de Dios podemos decir que hemos vuelto a refrescarnos en la espiritualidad, revalorizando la sacramentalidad como fuente de gracia en la celebración; también hemos vuelto a cuestionarnos sin prejuicio moral: “¿Dónde tenía a Dios en mi vida todo este tiempo?”.

Dios siempre estuvo a tu lado y lo seguirá haciendo, porque es amor generoso que se revela.

Esperar con esperanza

Álvaro Almendra Soto
Académico de la Universidad Católica de Temuco

“No esperes más”, “evita largas filas”, “descarga la versión *premium* de nuestra aplicación, para no esperar más de la cuenta”... Pareciera que el mundo está escaso de tiempo y los medios nos quieren convencer a toda costa de que la espera es algo malo. Yo mismo he estado muchas veces con el dedo listo para hacer clic en “omitir anuncio” con tal de ahorrarme un video de 30 segundos. Las redes sociales se han vuelto furor, con historias que desaparecen en 24 horas, obligándonos a no esperar y estar atentos a dichas imágenes o videos que, la gran mayoría de las veces, no aportan nada a nuestra vida.

Se respira un aire de fatiga y de agobio en la sociedad. Ya no podemos echarles la culpa a la congestión vehicular o a situaciones en las que solíamos “perder tiempo” antes de la cruenta pandemia. La mayor parte del tiempo estamos en nuestras casas, en familia, es verdad; no obstante, el estrés, la angustia y ese fatal ritmo de vida acelerado siguen existiendo. Podríamos definir a esta sociedad actual como una sociedad “desesperada”.

Hace algunos días estuve en una reunión *online* de decenas de profesores de Religión de la diócesis en la que hago clases. Se trataba, principalmente, de una reunión informativa, pero terminó convirtiéndose en una instancia de desahogo, en la que muchos docentes comentaron la situación angustiante que estaban viviendo, sumado a la realidad sanitaria del país y del mundo; desde la falta de compromiso de comunidades educativas con la clase de Religión, pasando por importantes problemas económicos, hasta graves enfermedades de familiares. Quiero creer que quienes no opinaron lo hicieron por no tener problemas de ese tipo. Sin embargo, la principal sensación que me quedó fue que la desesperanza está invadiendo esos corazones. Esos mismos corazones que alguna vez se prometieron a sí mismos y a Dios –al ejercer como profesores de Religión– asumir la labor de los profetas, es decir, mantener despierta la esperanza del pueblo, tal como antaño lo hicieron Moisés, Elías o Isaías con el pueblo de Israel.

El Mesías prometido al pueblo judío se hizo esperar por cientos de años, pero hubo personas que siempre mantuvieron viva esa esperanza de que algún día Él llegaría trayendo salvación a la humanidad. Creo firmemente que, si esa espera hubiese sido más corta, el impacto que tuvo Jesús en su pueblo no habría sido tan grande. Ese tiempo de incertidumbre sirvió para preparar el corazón de esa gente y nos sirve hoy para entender la importancia de esperar. Fue una espera activa.

Lo mismo sucede con la espera de María: no se quedó de brazos cruzados aguardando el nacimiento de su Hijo, sino que se preparó anunciándolo desde la Visitación, yendo a ayudar a su prima Isabel, quien también estaba por dar a luz a pesar de su avanzada edad. Pasa de igual manera cuando una familia anhela la llegada de un hijo: durante esos nueve meses organizan su dormitorio, compran una cuna, escogen un nombre, etc. No lo hacen una vez que la madre da a luz, sino durante ese tiempo de preparación, sumamente necesario y –si queremos verlo también de esta manera– útil. Son claros ejemplos de espera activa y de una constructiva esperanza.

Muchos de nuestros estudiantes esperan que sus profesores de Religión –y probablemente nadie más– les den esa esperanza soteriológica, aunque inconscientes de ello; mas, tienen expectativas en el mensaje alentador que podamos entregarles.

Quienes trabajan con niños y jóvenes gozan de ese constante encuentro personal y comunitario en el aula; de la energía y vida que sus estudiantes les entregan. Son testigos del largo y lento proceso de crecimiento de cada uno de ellos. Se espera –cronológicamente hablando– muchos años para verlos crecer, y se espera –de “esperanza”– que cada uno de ellos llegue a convertirse en la mejor versión de sí mismo. Nos preguntamos “¿qué llegará a ser este niño?” (Lc I, 66), confiando en que Dios tiene un maravilloso plan para él o ella, como lo tuvo con Juan Bautista.

Esa necesidad de encuentro con nuestros niños y jóvenes nos hace mucha falta. Queremos ser testigos de su lento pero sostenido crecimiento, y nos frustra no poder verlo. Necesitamos de esa interacción personal, ya que nuestra propia relación con Jesús –principal motivo de nuestra vocación– se originó así también: una experiencia de encuentro personal con Jesús Resucitado, probablemente, en algunos casos, alimentada por la presencia de cada uno de esos estudiantes.

El diagnóstico es claro: los profesores, en mayor o menor medida, están perdiendo la esperanza. ¿La solución? Honestamente, no creo que haya una solución única, porque, hasta en estos casos, cada persona tiene una receta diferente. Pese a ello, hay un factor común y, me aventuro a reconocerlo como la mejor respuesta para quienes hacen docencia en Religión; no es nada nuevo, pero siempre vigente: volver a Jesús.

El año pasado tuve la oportunidad de acompañar tangencialmente a algunos estudiantes en práctica de Pedagogía en Religión de la Universidad Católica de Temuco, y me alegró ver la esperanza con que ansiaban ejercer, interactuar con los estudiantes, construir aprendizaje a partir de su valiosa experiencia de fe. Al finalizar su proceso nos hicieron una propuesta para el aula que fue muy sencilla, pero maravillosa, porque nos invitaba a volver al mensaje más puro de Jesús expresado en las parábolas del Reino de Dios. Ellos esperaban anhelantes desempeñarse en el mundo laboral, porque se habían preparado con esperanza para ello.

La espera, en definitiva, no es perjudicial durante este crítico tiempo, si se alimenta con esperanza. Pero ¿dónde encontrar esa esperanza? Sin duda, en Cristo. Volver al Evangelio, a la oración más sencilla y, sobre todo, a nuestra primera experiencia de encuentro con Jesús Resucitado. Eso, debiera llevarles a tomar conciencia de que su labor no es la de entregar contenidos solamente, sino dar testimonio de salvación a su estudiantado.

La invitación es a no desesperarse y a no desesperanzarse, a valorar esta espera como un tiempo de preparación, y a administrar este tiempo de manera activa. Como herramienta principal para estos desafíos tenemos nuestra propia experiencia de fe, pues necesitamos ser profetas de nuestros estudiantes, o sea, mantener viva su esperanza. Si ese camino se nos hace difícil debemos, humildemente, “dejarnos profetizar”, y para ello pueden confiar en sus propios equipos pedagógicos. Este último punto es riesgoso, porque pueden caer en la tentación de convertirse en meros transmisores de contenidos, olvidándose de la tarea evangelizadora. Enviar mensajes de ánimo, videos inspiradores, testimonios de fe, acompañar con el diálogo profundo, ponerse al servicio del otro, también es parte de su labor pedagógica, porque sobre todo hoy dicha labor es –a imagen de la espera de María– fundamentalmente misionera.

¿Clases de Religión virtuales?

Virginia Cruz Velázquez

Docente en la comuna de Estación Central, Santiago

¿Clases de Religión virtuales?

Si ya es difícil concebir que se realicen clases de manera no presencial, lo es aún más si se trata de Religión.

Soy profesora de Religión y Moral Católica desde 2017, habiendo tenido la oportunidad de realizar mis clases con permiso de la Vicaría desde el año 2014. Y, según mi experiencia, el contacto directo con los estudiantes es indispensable en este ramo. El desarrollo espiritual y acercamiento a Dios en cada uno de ellos está marcado por diferentes situaciones o vivencias, a través de las cuales el diálogo nos ayuda a realizar un acercamiento o interpretación de sus experiencias, muchas de las cuales, en la preadolescencia y adolescencia, son esencialmente la búsqueda de la verdad y de un punto de vista desde donde cuestionar las realidades del diario vivir; en especial, de una sociedad convulsionada, que grita justicia, verdad e igualdad, tal como lo vivido en octubre de 2019. Esto ha marcado a toda una nueva generación.

Y, como si fuera poco, durante los primeros meses del año 2020 se derrumba este modelo educacional, obligándonos a entrar en el mundo virtual. Si bien es cierto que estos medios de comunicación nos acercan a las personas y acortan las distancias, es la oportunidad de cambiar la forma en que se utilizan y cuidar el lenguaje verbal y no verbal para expresar el verdadero sentido del ser humano, pese al alejamiento físico actual.

Disminuyamos la distancia social disminuyendo la distancia física: dando y siendo protagonistas

Jorge Baeza Correa

Académico de la Universidad Católica Silva Henríquez

Ha llamado la atención que, durante estos días de pandemia, las autoridades y medios de comunicación (se debe reconocer que prácticamente en todo el mundo) hablan de “mantener la distancia social”, lo que obviamente no es lo que quisiéramos para nuestra nación. Es más bien lo contrario: fueron miles los chilenos que pidieron en las calles, antes de esta crisis sanitaria mundial, un país más igualitario, sin una brecha social tan injusta.

Los numerosos estudios que se han realizado a propósito de las cuarentenas y la docencia en línea, han puesto de manifiesto –aún más– la distancia social existente en Chile. Los estudiantes de familias más pobres son aquellos que han recibido menos clases, han tenido más dificultades para conectarse a internet (por la calidad de la conexión y los aparatos disponibles) y, por ello, seguramente, aumentarán la brecha de conocimientos respecto de quienes no han

tenido dificultades mayores. Pero no es solo esto lo que han experimentado estos estudiantes. Los mismos estudios indican que el estrés por vivir hacinados, el miedo por el peligro de la enfermedad y la inseguridad por el futuro laboral de sus padres y de ellos mismos han generado en estos jóvenes una compleja realidad en su salud mental, que debe ser atendida, apoyada y contenida.

Esta es una realidad altamente desafiante que algún día tendrá que acabar, y la totalidad de las y los profesores volverán a realizar clases presenciales; en ese momento, llegarán a sus aulas estudiantes deseosos de hablar y consultar sus inquietudes, como también sacar a relucir sus rabias y expresar sus angustias. Habrá profesores que, frente a esta realidad, sabrán atender con esmero a sus estudiantes; pero también habrá otros que, sabiendo la cantidad de contenidos que no han logrado “pasar”, no les entregarán tiempo a estos sino a sus materias (presionados muchas veces por sus establecimientos o el Ministerio de Educación).

¿Qué pasará en la clase de religión? Sin dudas, esta será una de las asignaturas donde las y los estudiantes volcarán sus vivencias e inquietudes acumuladas durante tantos días de “encierro”, y ello será una oportunidad para trabajar sobre algunos temas que de seguro les inquietarán. El “dar” y el “protagonismo” son dos de dichos temas.

- He visto tantas desigualdades, en estos días, que me pregunto: ¿qué puedo hacer yo para superar la pobreza?

Son muchos los datos, y muy categóricos, que indican que en Chile hay miles de personas que viven en la pobreza. En aquella pobreza que es involuntaria: aquella de no tener qué comer, de no saber con qué abrigarse, de no conseguir dinero para los remedios y de tantas otras carencias. Paradójicamente, la pobreza involuntaria encuentra vías de superación en la pobreza voluntaria.

La pobreza fruto de la injusticia que aflige a tantos chilenos exige de cada uno asumir un compromiso de superación, que implica en lo personal la renuncia al lujo, a lo superfluo, a lo innecesario, para que todos obtengan lo suyo... es optar libremente por una pobreza voluntaria. Es la paradoja de que dando se recibe; muriendo por los demás, se logra la vida eterna. Se estudia no solo para uno, sino para colocar al servicio de los demás nuestra formación.

El mundo produce alimentos, energía y tantos otros bienes, en una cantidad suficiente para cubrir las necesidades de toda su población, pero hay algunos que toman para sí más de lo necesario, y hay otros que no logran tomar lo suyo.

Las desigualdades que hemos palpado en Chile con tanta crudeza en estos días son fruto de políticas injustas, de decisiones incorrectas; pero, también y en su fondo, son consecuencia de una falta de fraternidad: por personas que no han reconocido a todos sus congéneres

como hijos de un mismo Padre, con iguales derechos y similares responsabilidades.

- Dentro de todos los dramas que he conocido, hay también gestos de entrega, de generosidad, que me tienen sorprendido: ¿qué puedo hacer para que ellos no terminen y se prolonguen en el tiempo?

Como en toda ocasión que Chile enfrenta una catástrofe, aparecen cientos de gestos e iniciativas que dan cuenta de una solidaridad que, lamentablemente, pasado un tiempo, se diluye y desaparece.

Entre el “individualista centrado en sí mismo” y el “comprometido con los demás”, existe al parecer un abismo de distancia; pero esa distancia es posible estrecharla. Chile necesita que su juventud sea parte de una “ciudadanía activa”, de personas que vean, juzguen y actúen según lo discernido.

- No basta conocer la realidad y juzgarla como inadecuada, pero no actuar en consecuencia; ello es solo discurso sin práctica.
- No es correcto actuar sobre la realidad, enjuiciándola sin haberla conocido previamente; una acción precipitada, sin contar con información suficiente, puede terminar en algo más incorrecto que la “noticia falsa” que genera la actuación.

- Tampoco es correcto conocer la realidad y actuar de inmediato sobre ella, sin antes pasar por un proceso de discernimiento, ya que ello podría implicar algo sin profundidad, que prontamente se extingue.
- Un ciudadano activo y responsable ve, juzga y actúa en consecuencia.

Seguramente en las clases de Religión habrá otros interesantes debates sobre “lo injusto que es Dios al castigarnos con esta pandemia” o, “dónde ha estado la Iglesia Católica ayudando, con todos los bienes que tiene”... pero también es seguro que el tema de la pobreza por la desigualdad y la ayuda entre vecinos por la solidaridad pueden emerger o pueden colocarse en la conversación, para abrir un diálogo sobre ciertas certezas que nos enseña la Doctrina Social de la Iglesia. El “dar” y el “protagonismo” en los estudiantes, dice el papa Francisco, “*son una de las alegrías más grandes de un educador*”¹.

1 Francisco (2019), *Exhortación Apostólica Postsinodal Christus Vivit*, n.º 221.

Tiempos de pandemia, tiempos de esperanza y alegría

Carmen Cuevas Oyarzún

Docente en Puerto Montt, región de Los Lagos

Ha llegado el invierno y en el sur las lluvias, los temporales, el fuerte viento construyen una bella sinfonía frente al mar.

Trabajo en la Escuela Municipal Padre Alberto Hurtado de Puerto Montt y realizo la asignatura de Religión Católica en los cursos de 1° a 8° Básico. El nombre de la escuela ha inspirado e inspira, en la actualidad, a desarrollar, con más énfasis, la espiritualidad social del Padre Hurtado. Gracias a Dios, tengo una sala de la esperanza que se llama “Padre Alberto Hurtado”; a veces hacemos clases ahí y, en muchas otras, organizamos actividades de solidaridad con apertura a la comunidad.

El año pasado reunimos a los treinta estudiantes venezolanos y fortalecimos la Pastoral Social de la escuela con una mirada inclusiva (en cuanto a la migración) y de salida, como lo es el trabajo con personas en situación de calle.

Mi asignatura ha servido de instrumento en este tiempo de crisis para devolver la esperanza, la alegría, la dignidad

y el sentido de la vida a muchos estudiantes y sus familias, tanto las nuestras como la de los migrantes.

Este es el tiempo de acercarnos todavía más a quienes sufren, ya que en ellos vemos el rostro sufriente de Cristo. Si, a consecuencia del estallido social, muchos apoderados quedaron cesantes, con la pandemia se ha agudizado más este problema. Gracias a Dios, los alimentos que han entregado diversas instituciones han sido la bendición que ha permitido llevar el pan y compartirlo en la mesa.

Algunas certezas respecto de los desafíos contextuales de las/los profesores de Religión

Lorena Basualto Porra
Académica de la Universidad Católica Silva Henríquez

DISCERNIR LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Discernir los signos de los tiempos, en nosotros/as, los/las profesoras de Religión que ejercemos nuestra labor docente en contextos escolares, requiere repensar y actualizar permanentemente nuestra formación personal, teórica, metodológica y epistemológica. Esto no es algo nuevo, sin embargo, la situación que vive la humanidad amerita una apropiación de la realidad que permita al/la profesor/a de Religión formar a sus estudiantes considerando su escenario social. Este imperativo surge del carácter encarnatorio de la Buena Noticia, es decir, no puede haber una propuesta del cristianismo que no atienda a la persona en su contexto.

En este sentido, los/las profesoras de Religión estamos siempre desafiados por comprender las características de las nuevas generaciones. Ciertamente, niños/as, adolescentes y jóvenes quedarán marcados por esta pandemia en lo que

respecta a la crisis sanitaria, pero también, a la experiencia de una pandemia social, económica, política y familiar, entre otras. Además, no se puede olvidar que en Chile se desplegó en octubre de 2019 el estallido social, movimiento ciudadano sin precedentes en nuestra historia reciente, que albergó también posiciones más extremistas, las que obligaron a un cambio en la convivencia social. Tampoco se puede olvidar el cuestionamiento a la clase política, crisis de las instituciones originadas por la corrupción y el abuso, que también ha afectado a la Iglesia Católica.

En definitiva, se trata de una generación sellada por vivir procesos sociales complejos, a lo cual se suma el uso de la comunicación virtual, las redes sociales y “la nube” como nueva realidad. El desafío es formarlos, encarnar el mensaje y proponer el cristianismo como un horizonte de sentido para el mejor vivir posible ante un mundo que no se sabe si volverá a ser el mismo que el de antes de la pandemia.

APROPIACIÓN DE LOS NUEVOS PROGRAMAS

En medio de la pandemia se aprueba el nuevo Programa de Religión, renovando el anterior que data del año 2005. Como todo proceso de renovación, se necesita de un tiempo de socialización y apropiación, asunto que siempre es complejo, pues existe el riesgo de la resistencia a los cambios.

Una de las características más importantes de los nuevos programas curriculares de Religión es que le dan un estatus académico, conectándola recursivamente con todos

los cursos a través de unas bases curriculares diseñadas con la misma lógica de las otras asignaturas. Apropiarse de los nuevos programas es asumir, por parte de los/las profesores/as de Religión y la comunidad educativa, que esta asignatura no es catequesis ni se reduce a una actividad de la pastoral educativa en horario de clases. Esto significa entender que la asignatura no tiene como objetivo primero suscitar la fe, sino que es una propuesta formativa para la búsqueda trascendente, religiosa, existencial, valórica y de construcción de una sociedad más justa. Además, las bases curriculares buscan dialogar con otras disciplinas, de manera que la clase de Religión no es una parcela del currículo, sino que se conecta con los otros saberes de forma integral, propiciando la interdisciplinariedad.

En definitiva, es asumir que la clase de Religión cumple una misión fundamental en la formación los/las niños/as y jóvenes de nuestro país, declarada por la misma Ley de Educación del 2009, cuando señala que la educación posee, entre otras, una dimensión espiritual, moral y ética. En este sentido, los nuevos programas pueden ser un instrumento que permita que el/la profesor/a de Religión se empodere en su establecimiento educacional y sea un aporte indiscutible en la formación integral de las/los estudiantes, considerando el contexto complejo que se expuso en el primer acápite. Para esto, es fundamental que el/la profesor/a de Religión no trabaje solo/a, sino que realice su labor integrándose a una comunidad de aprendizaje tanto con profesores/as de Religión y áreas afines

en su colegio, como también con el apoyo y colaboración de otros colectivos de profesores/as de Religión, ya sea en la diócesis, la congregación, el grupo de exalumnos de la universidad de la cual egresó, comunidades virtuales, entre otras, pero nunca solo/a, porque la innovación que fructifica es aquella que convoca y que se desarrolla colectivamente. Esta invitación a formar comunidades de aprendizaje es relevante, toda vez que la sociedad, cada vez más compleja y nihilista, ha colonizado el pensamiento, el actuar, las maneras de relacionarnos y entender el mundo alejadas de la fe y la espiritualidad, centrada en la pseudofelicidad y en el consumismo, con los resultados de la pérdida del sentido de la vida, sobre todo en las/los niños y jóvenes, quienes son nuestro foco prioritario. El llamado entonces es a deconstruir antiguas rutas y construir colectivamente nuevas aproximaciones, más situadas, y que respondan efectivamente al discernimiento de los signos de los tiempos.

NECESIDAD DE UNA NUEVA TEOLOGÍA Y EXPERIENCIA DE LA FE

Es necesario enfrentar los desafíos con fundamentos sólidos. A mi parecer, nosotros/as, como profesores/as de Religión, necesitamos una actualización permanente en la disciplina teológica. Es cierto que a nuestros estudiantes no les enseñamos temáticas teológicas complejas, sin embargo, nosotros/as debemos profundizar en los temas, porque no solo respondemos a los niños/as de la Educación

Básica, sino que, además, necesitamos responder a jóvenes de Educación Media y a todos los integrantes de la comunidad educativa. Y, para cumplir esta misión, necesitamos estar preparados/as. Por muchos años, el/la profesor/a de Religión era el catequista de la parroquia o un profesor/a de otra asignatura con compromiso eclesial. Hoy, esta figura no es posible. Los nuevos contextos demandan un/a docente formado/a y en constante preparación, que pueda discernir los nuevos tiempos y dar respuestas a las preguntas emergentes.

Una actualización teológica permanente para profesores/as de Religión es una demanda para las universidades que desarrollan la disciplina teológica y, también, es un imperativo para los profesores/as de Religión en cuanto a tomar conciencia de la necesidad de una formación profunda, que impacte la vida de las personas, no solo como una historia relatada, sino como una espiritualidad encarnada. Continuamente, el magisterio universal y latinoamericano se renueva, y es necesario conocer esas nuevas orientaciones. Además, las/los teólogas/os realizan avances en la disciplina y la hacen dialogando con nuevas teorías, ideologías, espiritualidades, religiones, entre otras, junto con la interpelación de los ámbitos sociales, políticos, bioéticos y antropológicos.

Pero la sola preparación académica no es suficiente. En esta asignatura sabemos que el mensaje se transmite con el testimonio, por lo tanto, una renovación teológica necesita de una renovación espiritual, de crecimiento en la fe. Ya

no basta afirmar que “siempre he sido católico/a”, como si la fe fuera un supuesto o estuviera presente en el ADN de algunas/os; la fe es un camino, por lo tanto, necesita crecer y alimentarse. Este aspecto no se puede descuidar, nosotros los/las profesores/as de Religión necesitamos cultivar nuestra fe, y esto demanda un acompañamiento pastoral, ya sea desde las vicarías de la educación y/o de las congregaciones religiosas; lo importante es que se realice. En este sentido, los/las profesores/as de Religión no pueden estar solos/as asumiendo sus crisis de fe, sus interrogantes, su sequedad espiritual, la falta de una comunidad, sus entusiasmos, su espíritu innovador o sus propuestas; el imperativo es construir en comunidad. Por lo tanto, necesitan apoyarse unos a otros para su propio crecimiento en la fe mediante su participación en retiros, encuentros, jornadas, entre otros espacios, y sería impresentable que no se realizaran por falta de recursos, ya que es necesario acompañar al que acompaña y formar al que forma.

Vivencias de una pandemia

Jessica Farías Arce

Docente en la comuna de La Reina, Santiago

En medio de unos días grises, donde “la muerte” ha sido un tema cotidiano en los noticieros mundiales, el Señor nos sigue invitando a proclamar la vida, y la “vida en abundancia” (Jn 10,10) y creo firmemente que esa es nuestra misión como docentes de Religión, especialmente en este tiempo.

A consecuencia de una pancreatitis severa estuve con licencia médica desde el 16 de marzo, y solo volví a hacer clases el 27 de mayo, justo en medio de la vorágine escolar y el cambio radical, tanto de pensamiento como de utilización de herramientas digitales adecuadas para llegar –de la mejor forma posible– a nuestros estudiantes. Lo bueno es que en el colegio en donde trabajo, apenas comenzó la cuarentena, nos capacitaron en diez aplicaciones para realizar nuestras clases a distancia (yo tuve que ver las grabaciones).

En mi caso, trabajo con el Primer Ciclo Básico, sin embargo, solo preparo las clases de primero y segundo, y una colega, las de tercero y cuarto (esto, dado que solo tenemos horas de miércoles a viernes). Además, nuestras clases son

asincrónicas; por lo tanto, no hemos tenido contacto con los niños desde marzo.

Gracias a que mi primera profesión tiene relación con la informática, el uso de la tecnología es natural para mí, aunque diferente en el contexto que estamos viviendo, sobre todo porque ha sido complejo trasladar todo lo que hago en el aula semanalmente a una clase quincenal. Lo bueno es que esta situación ha hecho resurgir en mí la creatividad. Por ejemplo, me atreví a usar un disfraz de superheroína para hablar del poder de Jesús como Hijo de Dios, y también a grabar videos con representaciones y canciones con mímicas para la oración.

Pienso que el desafío tecnológico no es algo que surge recién durante la pandemia (donde nos hemos visto obligados a usar las herramientas digitales), pues desde que cambié mi trabajo como ingeniera de estudios en una empresa de telecomunicaciones para dedicarme a la docencia en un colegio, he visto con tristeza el gran déficit de uso de la tecnología en el ámbito pedagógico. Al indagar un poco, me di cuenta de que falta mucha capacitación a los docentes en esta área, y –si profundizo más allá– creo que el uso de herramientas digitales debería ser una asignatura más a partir del colegio, y con especialización en la enseñanza universitaria, según el área de estudio. Por eso lamento tanto que hayan retirado hace algunos años “informática educativa” del currículum nacional.

Por último, veo esta situación mundial como una gran oportunidad para seguir acompañando a nuestros estudiantes

(y con ellos, a sus familias) y, a través de nuestro trabajo, fomentar la esperanza que hoy tanto necesita la humanidad; además, nos ha dado tiempo y espacio para reflexionar y poder revisar si se están entregando los elementos formativos adecuados a los futuros profesionales.

Entre certezas e incertidumbres, estamos llamados a vivir nuestra vocación

Alejandro Cerda Sanhueza
Académico de la Universidad Católica del Norte

He sido cordialmente invitado a escribirles a profesores de Religión sobre dos o tres certezas en este tiempo de tantas incertidumbres. De más está entrar en detalles del contexto que nos toca vivir, como creyentes y profesionales de la educación: el estallido social, la pandemia o el estado de la clase de Religión en el contexto de una nación que busca desesperada otros horizontes de vida. Es importante tener certezas en la vida, ciertos puntos de referencia que nos inspiren, nos ubiquen, nos indiquen un norte. No es menor además tener certezas sobre el diagnóstico de lo que está sucediendo en el ámbito social y cultural en nuestro país, ámbito que nos genera suspicacias. Es como si un médico tratase de indicar un tratamiento sin tener claridad de la enfermedad, solo constatando las señales de algunos síntomas. O, peor aún, dar tratamiento con un diagnóstico equivocado.

Más allá de los espacios comunes que tienen que llevar adelante los cristianos, acogiendo la acción de Dios, relacionados con la esperanza, la Gracia, la Providencia, la fuerza de la fe, la acción misionera, etcétera, podríamos aventurarnos a buscar juntos otras certezas, sin renunciar, por supuesto, a las ya mencionadas, con el propósito de entenderlas y saber vivirlas en este tiempo.

LIGEROS DE EQUIPAJE

Una primera certeza que podemos encontrar es, paradójicamente, la incertidumbre en que nos encontramos. Todo el movimiento social y sanitario nos ha sacado de nuestra zona de relativa comodidad a la que estábamos acostumbrados e instalados. La incertidumbre, la duda, la sospecha nos interpelan y nos instan a ser sujetos que tengamos una disposición quizás distinta a la del promedio, que por temor se cierra, se bloquea o responde con violencia. Estas dudas, sospechas e incertidumbres son no solo para nosotros, los creyentes, y, en vuestro caso, profesores de Religión. También lo son para el profesor de Matemáticas, de Historia, de Biología y para el sistema educativo en general. Más aún, a fin de cuentas también para las instituciones políticas, económicas, sociales y, por supuesto, religiosas. La sospecha, la incertidumbre han llegado para quedarse, y quizás sea algo bueno. Si bien nosotros lo vivimos con mayor conciencia y responsabilidad, incluso a veces con cierto sentimiento de culpa porque sabemos del tesoro

que llevamos en vasijas de barro; quizás, en este momento, estemos llamados a mostrar más coherencia de vida entre lo que enseñamos, creemos y vivimos. Eso nos exigirá ir ligeros de equipaje, es decir, tener claridad, certeza de qué es lo fundamental que tenemos que enseñar, creer y vivir. El historiador Yuval Noah Harari nos recordaba que el paso del cazador-recolector al agricultor no necesariamente fue un mejor cambio, sino más cómodo. El cazador era un hombre o mujer ligero de equipaje, que vivía con lo necesario, lo justo para estar siempre dispuesto a salir; comía o recolectaba lo necesario, no tenía tiempo ni espacio para llevar carga extra. En cambio, el agricultor tuvo que empezar a construir bienes, casas, pueblos, templos; luego, tuvo que comenzar a cuidarlos, a explotar en exceso la tierra y los animales, a vivir pendiente de sus propiedades, de sus terrenos, de sus cosas y, sin querer, se olvidó de lo esencial y se desconectó de su entorno natural y social.

CRISTIANOS DE PANTALONES LARGOS

Una segunda certeza que me parece interesante considerar tiene que ver con algo que, como creyentes, hace mucho tiempo hemos perdido (nos hicimos agricultores), y quizás el proceso de secularización, el estallido social y la pandemia nos han recordado, que es nuestra desconexión con el entorno social y natural. En ese sentido, es bueno recordar a Juan XXIII, el “Papa Bueno”, el Papa campesino, una persona de fuerte conciencia social, que usaba la

expresión “cristianos de pantalones cortos” para señalar a aquellos creyentes que sabían mucho sobre la doctrina, los ritos y las normas, es decir, sobre lo intraeclesial, pero sabían muy poco de lo que pasaba en la calle, en la vida pública, y menos aún participaban en la vida política de un país. Esos cristianos bautizados, laicos o consagrados, tienen una deuda no solo con el Evangelio, sino con el destinatario de la Buena Nueva, que no solo implica al ser humano, sino el planeta todo. Cómo avanzar con esa conexión tan vital, con la tierra y todos sus habitantes. Cómo seremos capaces de retomar el legado, la tradición eclesial chilena, de tantos laicos y consagrados que dieron testimonio del Evangelio en momentos tan complejos de nuestra historia. En algún momento la Iglesia chilena y los cristianos se habían ganado un lugar en el espacio público. La sociedad nos apreció como capital necesario. Pero hemos perdido ese espacio. Ese hermoso legado nos lo gastamos, no lo ahorramos, no lo invertimos, no hemos hecho honor a tantos cristianos profetas y mártires. ¿Cuánto “pesa” en nuestra labor evangelizadora, formativa, hoy la Pastoral Social? En nuestro ámbito eclesial, ¿cuánto de promoción humana, de participación y de cambio social enseñamos, vivimos y creemos?

“AMOR EN TIEMPOS DEL CÓLERA”

Soy docente de Teología Moral (Social) y de Ética de las Profesiones. Al inicio del semestre les escribí un saludo a

mis estudiantes, que iniciaba con este título de la obra de Gabriel García Márquez, escritor colombiano que, como Mistral y Neruda, obtuvo el premio Nobel de Literatura. Les recordaba que la pandemia que vivimos no solo es un problema sanitario, sino también social, político y, por lo tanto, ético, y en el cual todos tenemos algo que aportar desde nuestras individualidades, comunidades, agrupaciones, etc. Y que aun en estos tiempos, en estos complejos escenarios, todos podemos aprender diferentes cosas. Es un buen tiempo para el aprendizaje, tanto para nuestros estudiantes como para nosotros que nos dedicamos a la docencia. Para los cristianos, el amor es el primer y fundamental precepto, no tenemos dudas ni teóricas ni prácticas al respecto; tenemos una cierta comprensión del amor que va más allá de una concepción romántica o platónica. El amor, para nosotros, tiene rostro: es el prójimo, a quien tenemos que darnos. Esta entrega puede tener un costo, la posibilidad dar-perder la vida, además de otras consecuencias, como ser objetos de la indiferencia o del mal juicio. Pese a todo, este es un buen momento para los cristianos, un tiempo desafiante de donación personal porque, como dice García Márquez en la obra citada, *“El amor se hace más grande y noble en la calamidad...”*.

¿Cuál es tu superpoder?

María Angélica Aro Miranda
Docente en Puerto Natales, región de Magallanes

Soy profesora de Religión Católica hace treinta y seis años, y trabajo en tres colegios en Puerto Natales. En uno de ellos les hago clases a los estudiantes de Cuarto Medio. Con ellos tengo una estrecha relación, tan fuerte que ellos me pidieron que les hiciera clases por las largas charlas que teníamos cuando estaban en Tercero Medio. Con ellos aprendí que tenemos que buscar nuevas estrategias para llegar a los estudiantes. Ya no solo debes ser la profesora, sino que en ti tiene que haber un conjunto de actitudes que requieren un “superpoder”.

Al escribir miré a lo lejos un estuche que me regalaron para el Día del Profesor, el cual dice: “Yo soy profesora, ¿cuál es tu superpoder?”. Ahora lo entiendo. Se necesita tener superpoderes para estos tiempos que estamos viviendo. Me tuve que reinventar por segunda o tercera vez, me vi en un mundo nuevo que no conocía. Me hablaban de plataformas, del *Zoom*, del *Meet*, del *Skype*, y yo decía: “¡Esto es chino para mí! ¿Cómo lo hago o, mejor dicho, qué hago?”. Entre paréntesis, perdí mi orgullo y comencé a pedir ayuda, y

me di cuenta de que todos estábamos en lo mismo. Nos dijimos: “Supongo que nos ayudarán”. Nada. Leí en mi correo: “El lunes comenzamos las clases *online*. Lenguaje, Matemática... ¡ah! Religión... el martes de 11:00 a 12:00 hrs.” ¡Y casi me infarto! “Pero antes, profesora, usted tiene que subir su materia a la plataforma, y tiene que ayudar a estos diez niños a través de su correo electrónico”.

Pero ocurrió el milagro. No sé cómo realmente pasó. Sé que un colega me explicó. Mi hermano, que estaba en las mismas, me dijo: “Anota todos los pasos y hazlo”. Y así lo hice, al inicio con mucho temor, y después me quedé gustando. Me movía el saber que iba a ver a mis estudiantes, a los que extrañaba. Soy de piel, a mí me gusta darles abrazos, ser cercana, que sientan que son amados, tal como desea Don Bosco: “No basta saber que son amados, deben sentir que son amados”. Me gusta escucharlos y que sepan que pueden contar conmigo.

El martes estaba lista, todo repasado más de tres veces, y me subí a la plataforma. Vi el audio, la cámara, todo listo, y entré. Al principio vi los nombres, algunas fotos, y, como decía el reglamento, les pedí: “Prendan sus cámaras y silencien sus micrófonos”. Y lentamente empezaron a aparecer. Me pareció que estaban más grandes, con el pelo más largo, y escuché: “¡Tíaaaaa!”. Se me hizo un nudo en la garganta. Ahí estaban mirándome con sus ojitos llenitos de curiosidad. “Tía, ¿está bien, no le falta nada, se cuida?”. Me calmé y, como pude, les hable de la esperanza. “Todo va a pasar pronto. ¿Qué les parece si rezamos?”. Y lo hicimos. Los

escuché y vi que a ellos les estaba afectando. Que hablaban a Dios como alguien presente, mientras pedían por todos en sus familias.

Me emocioné de la inocencia de uno de mis estudiantes cuando me pidió si le permitía que su gatito “Tomás” estuviese en la clase. Cuando le dije que sí, lo subió, lo puso en el teclado de su computador, me dio las gracias y, al empezar a rezar, él le hizo la señal de la cruz también a su gato. Después entendí. Aparte de su abuelita, su gato Tomás era el único otro “familiar” que tenía Víctor (así lo llamaré). Preguntón, inquieto, muy carente de amor, muy inteligente. Cuando descubrimos su situación, todos los profesores quisimos ayudarlo. Descubrimos que, para subsistir, vendía el pan que hacía su abuelita. No pedía nada, él decía que era feliz; se sentía “el hombre de la casa” porque su aporte era importante. Así como él, muchos de mis estudiantes hacían lo mismo, decían que había personas que lo necesitaban más.

Eso toca el corazón. Ves que tus estudiantes no solo son caritas asustadas que te miran a través de la pantalla, sino que tienen corazón. ¡Bendita pandemia si ella me permite ir más allá de esas figuras que cada día vemos sin saber lo grande que pueden llegar a ser!

Me siento inmensamente feliz. Amo mi vocación de profesora de Religión. Amo mi superpoder y agradezco a Dios estar viva, así como los momentos que puedo vivir día a día con mis estudiantes, los de la “tía Repollito”.

¿Dónde está el foco de nuestra mirada?

Nubia Cerda León y Lilian Pinto Carreño
Académicas de la Universidad Finis Terrae

¿Quién es mi prójimo? Todas las personas que me rodean, los más necesitados, los que me son indiferentes, los que amo, todos. Muchas veces, en nuestros años de docencia, hemos enseñado la parábola del Buen Samaritano (Lc. 10, 25-37), un relato con el cual Jesús busca responder sobre quién es el prójimo, y de manera excepcional, resalta y le da un sentido a este concepto, que pasa sin duda por el amor, por el saber darnos cuenta de la existencia de los otros y sus necesidades, por el simple hecho de que el otro me importe y nos importe.

Hoy nos preguntamos qué es lo que nos hace ser tan indiferentes como para no ver realmente a nuestro prójimo. El estallido social de octubre de 2019 puso a la luz la desigualdad social que estaba instalada en nuestro país, permitiendo que gritos silenciosos llenos de miseria se hicieran escuchar; miseria encarnada con nombres y apellidos: los pobres, los marginados, los inmigrantes, jóvenes desesperanzados, trabajadores que daban cuenta del letargo que implicaba

vivir sumidos en una rutina que los dejaba sin tiempo y con sueldos que apenas alcanzaban para pagar deudas y vivir al día; eran los otros, eran ellos... Y se generó un despertar que permitió ver esta realidad oscura y oculta, pero también a muchos les dio la oportunidad de soñar y de desear una nueva forma de vivir y de relacionarnos como nación.

El pueblo chileno sin duda estaba siendo golpeado por una realidad que no le permitía sentirse importante y reconocido como prójimo; y así como el hombre herido a orillas del camino, aún faltaba que algo ocurriera para que esas heridas se profundizaran aún más: el coronavirus. Una crisis sanitaria que desde inicios del 2020 comenzó a remecer el mundo y tocó lo más importante y propio de los seres humanos: su relacionalidad, la forma que tenemos de mirarnos como prójimo. Nos remeció al punto de obligarnos por las circunstancias a que reflexionáramos y nos diéramos cuenta de que nuestros comportamientos afectan de manera positiva o negativa al otro en un contexto de prevención y cuidado. Hemos sido movidos a ponernos en la situación del samaritano y en lo que ocurrió en su interior al ver al hombre herido: ¿sigo mi paso indiferente sin que me importe, o me detengo y de verdad miro lo que le pasa al otro, y hago algo porque remece mi ser?

Hoy todos somos parte de este tejido incierto, de una pandemia que viene a terminar de quitar la venda de nuestros ojos ante una sociedad enferma de individualismo. Entonces, nos preguntamos: el 2020 ¿será un año perdido? Sí, será un año perdido si el foco de nuestra existencia la

volcamos hacia afuera, buscando explicaciones en el exterior, y continuando el camino de manera indiferente, porque debo velar por llegar bien a mi destino sin comprender que, así como lo debe haber hecho el samaritano, la verdadera medicina para esta sociedad enferma es volcarnos hacia adentro, descubrir o redescubrir nuestra interioridad, ir a la profundidad de nuestro ser para reconciliarnos y encontrarnos con nosotros mismos; para recién entonces mirar con el corazón a los otros, detenernos en el mirar; para admirar, valorar, aceptar y actuar, en definitiva mirarnos con los ojos del amor, aquella fuerza que logra ver más allá de las apariencias para encontrarnos realmente en la verdad. Esto se vuelve más valioso cuando somos capaces de traspasar nuestras propias barreras socioculturales que nos han marcado a fuego y que nos hacen pensar y sentir que somos desiguales, del mismo modo como el buen samaritano logró mirar y traspasar las barreras de su tiempo impuestas por la ley, teniendo claro y presente donde debe estar el foco de su mirada: ayudar con amor al prójimo necesitado.

Entonces, si los cambios que queremos ver a futuro no empiezan en el interior de la persona, no va a cambiar nada y todo seguirá igual. Seguiremos siendo ciegos, cómplices de una sociedad ciega, compuesta por seres humanos que solo ven lo que quieren ver y siguen su camino de largo, pensando solo en sus propios intereses, en sus propias metas, o simplemente pensando en cómo sobrevivir.

¿Cómo lograr esta mirada hacia el interior? Sin lugar a dudas que los profesores de Religión, una vez más, debemos ir a la fuente: el Evangelio de Jesucristo. Empaparnos y sumergirnos en esta para cristalizar nuestra mirada y ver con los ojos de Cristo y así iluminar nuestra vida por medio de una oración profunda que se vuelve renovadora y discerniente para saber mirar al prójimo comenzando por nosotros mismos; pues nadie da lo que no tiene. De esta manera,

La oración se convierte en la vía para descubrir cómo ser discípulos misioneros hoy, encarnando en una amplia variedad de circunstancias el amor incondicional por todo ser humano y por todas las criaturas. Este camino puede conducirnos a una visión distinta del mundo, de sus contradicciones y sus posibilidades; puede enseñarnos día tras día cómo dirigir nuestras relaciones, nuestros estilos de vida, nuestras expectativas y nuestras políticas hacia el desarrollo humano integral y la plenitud de la vida. Por lo tanto, la escucha, la contemplación y la oración son parte integrante de la lucha contra las desigualdades y las exclusiones, y a favor de alternativas que sostengan la vida².

Así, con esta mirada cristalizada por la presencia de Jesús en nuestras vidas, seremos capaces de hacer una escucha activa de los clamores del pueblo, ser foco de luz para otros, especialmente para nuestros estudiantes, que sin duda

2 Papa Francisco (2020). *La vida después de la pandemia*. Ciudad del Vaticano, Editorial Vaticana, p. 17.

estarán enfrentados a tantas interrogantes nacidas de las experiencias vividas el año pasado y a lo largo de este singular y amenazante 2020, que de algún modo los pudo haber hecho sentirse “botados en la orilla del camino”, sin saberse importantes y acogidos durante el tiempo de confinamiento, o bien, mirando la realidad con un alma reflexiva.

Sin duda que este gran desafío no lo podemos realizar solos. Al igual que el buen samaritano, necesitamos de una “posada” donde llevar al herido, para que al amparo de un lugar y de un cuidado cercano se tome el tiempo para sanar. También nosotros, nosotras, como educadores, necesitamos que las instituciones educacionales de las cuales formamos parte nos permitan y se permitan ser espacios de esperanza, encuentro, acogida y sanación, por sobre los contenidos que se deben entregar y cumplir. Por ende, la presencia del trabajo en equipo recobra urgencia, sentido y valor, ya que una mirada en conjunto permitirá a los docentes mantener una constante práctica colaborativa de apoyo mutuo, donde los niños y jóvenes serán los más beneficiados. Por lo tanto, este escenario se convierte en un espacio privilegiado para que los docentes, en corresponsabilidad y de manera interdisciplinaria, podamos acompañar a los estudiantes para que, desde su interioridad y en libertad, amen, acepten e integren la realidad y así mirándola la transformen desde su propio ser a ejemplo del Buen Samaritano.

El 2020 nos ha mostrado un escenario de incertidumbre y ha sido un año de luces y sombras. La invitación es que

lo podamos mirar como una oportunidad para que emerja nuestra esencia: seres creados a imagen y semejanza de un Padre lleno de misericordia.

Por último, volvemos a preguntarnos desde la sencillez de nuestro ser docentes de Religión: el 2020 ¿será un año perdido? Dependerá del foco de nuestra mirada.

En medio de la pandemia 2020

Isabel Hernández Vargas

Docente en Puerto Montt, región de Los Lagos

Estos últimos meses han sido los más extraños y distintos que me ha tocado vivir, los cuales he ido asumiendo día a día. Por ejemplo, los cambios y la rutina que a veces ahoga y desespera, viviendo en la incertidumbre de estadísticas de contagios y fallecidos.

Llevaba cuatro días trabajando en mis nuevos establecimientos educacionales, una escuela y un liceo municipal de Puerto Montt, y de repente comienza esta época de pandemia y, sin darme cuenta, me veo preparando guías para estudiantes que no alcancé a conocer ni menos a saber cuáles son sus habilidades, gustos o el contexto vital de cada uno. Preguntas en mi mente: ¿sabrán leer? ¿Tendrán tinta para imprimir? ¿Tendrán internet? y diversas dudas que al final tuve que responderme en silencio.

Ya han pasado varios meses dedicada a mi trabajo y familia a la vez, situación que agota y a veces desespera; pero mi Dios, como buen compañero, está presente, a mi lado, animando y fortaleciendo.

Hoy no son solo guías. Se suman las clases vía *Meet*, algo completamente nuevo para mí, considerando que no me gusta ni siquiera que me tomen fotos. Ha sido un gran desafío, pero será que me gusta mi vocación. Ya he tenido dos semanas contactándome con estudiantes de 1° y 2° medio. A ratos se siente que hablo con el computador, pero cuando ya aparecen las vocecitas, siento que no estoy sola y que vale la pena.

En este contexto, una de las situaciones que más me llenaron el corazón es que al final de una clase *online* una estudiante que no conozco bien me dijera: “Profe, bonita su clase”. Eso alegra el espíritu y me enseña que, a pesar de estar detrás de una pantalla, una clase bien preparada se nota, y esa pequeña frase hace la diferencia de una rutina y del día entero.

Anunciar la esperanza en tiempos de crisis, un llamado del Evangelio

Marcelo Correa Schnake
Académico de la Universidad Católica del Maule

Estamos enfrentando un tiempo de crisis, eso es claro; estamos viviendo un tiempo de cambios, pero no de cualquier cambio, eso también lo sabemos. Los signos son muchos y contundentes. Si escuchamos la voz del Espíritu de Dios en ellos, estos se transforman en tiempos de esperanza. Pero ¿cómo escuchar a Dios en tiempos revueltos? Para ello, lo mejor es hacer lo que Jesús hacía: mirar la realidad teniendo en cuenta la voluntad de Dios manifestada en las Escrituras y compartir la propia actitud amante de Jesús ante la vida.

Primero, reconocemos que se ha derrumbado nuestra confianza en las instituciones. Las organizaciones que debían guiar y cuidar nuestra dignidad han demostrado ser tan débiles como cualquiera de nosotros. Los gobiernos, las empresas, las fuerzas armadas, los sistemas de educación, de salud y de pensiones nos han escandalizado con sus acciones. Pero, aún más, también dejamos de confiar en las palabras orientadoras de las iglesias, por los abusos que en ellas se constatan.

Ante esto, el Papa Francisco, tomando como imagen la actitud amante y respetuosa de Jesús con sus contemporáneos, nos advierte que vivimos en una “cultura del abuso”. ¿Qué quiere decir eso? Que hay otra forma de vivir si prestamos atención al Evangelio. Que nosotros hemos creado esa cultura del abuso y que podemos crear otra distinta: la cultura del respeto y del cuidado al estilo de Jesús.

Segundo, cuando pensábamos que de ahora en adelante la vida sería más acogedora, hemos tenido que enfrentar las consecuencias producidas por la cultura del abuso. Me refiero al estallido social que se desató a partir de octubre de 2019. El conflicto social, que aún está ahí como fantasma, asechándonos, nos paraliza de miedo. Queremos mejoras sociales, pero no por medio de la violencia. Queremos una sociedad más justa, pero hay un odio y un egoísmo exacerbados entre los chilenos. Parece que todo camino de solución es sombrío y nos divide en antiguos bandos irreconciliables.

Jesús también enfrentó conflictos y se fue a las fronteras a dialogar con los que creían, pensaban y actuaban distinto. Dialogó con las mujeres, con los cobradores de impuestos, con fariseos, y convivió con los despreciados del mundo: pobres, enfermos, ladrones y prostitutas. Este es el camino que hoy nos señala el papa Francisco al animarnos a dejar nuestras seguridades e ir a vivir a las fronteras de nuestra cultura, a donde hemos puesto los límites de nuestra fe, de nuestro amor y nuestras esperanzas. Debemos aprender a confiar en la acción del Espíritu y arriesgarnos a encontrarnos

con los otros, con los diferentes, con los contrarios para compartir la vida con ellos.

Tercero, pero como si no fuera suficiente, nos enfrentamos al contagio del virus mortal Sars-CoV-2 que proviene de tierras lejanas y nos lleva a enfrentar algo desconocido para nuestra sociedad hiperconectada. La pandemia del coronavirus nos amenaza en aquello que es lo más íntimo y propio de los seres humanos, el contacto físico. Nos afecta en lo más básico, sentir a los otros a través de un abrazo, un apretón de manos. Hoy es peligroso expresar afecto a los seres queridos con un beso. Para estar sanos debemos cuidarnos de todo y de todos y mantener distancia social. Esta medida que sabemos es necesaria, puede ser tan peligrosa como el contagio del coronavirus, porque se puede transformar en una actitud de vida, en aislamiento social. Corremos el peligro de acostumbrarnos a vivir a la defensiva, en la desconfianza. Y, con ello, quedamos imposibilitados de vivir vínculos profundos entre los seres humanos.

Jesús cultivaba las relaciones con los otros, conversaba, visitaba, se contactaba, amaba a los otros; tocaba y lo tocaban para sanar, se acercaba para hablar e iba a las casas a compartir el pan. También había enfermedades muy contagiosas en su época. Él debía cuidarse para no enfermar, pero sobre todo se cuidaba de no caer en la insensibilidad ante el dolor del otro. Hoy nosotros también debemos hacer lo mismo. Si bien tenemos que cuidarnos del contagio del virus, sobre todo tenemos que cuidar y cultivar, aunque sea de manera virtual, nuestras relaciones personales en

la familia, con los colegas y compañeros de trabajo, con los estudiantes y sus familias. Debemos asumir este desafío como exigencia evangélica y vivir con creatividad, valentía y responsabilidad, sin miedo.

Entonces nos preguntamos, ¿cuál es el sentido de todo esto? ¿Hay algún mensaje que Dios nos quiera comunicar a través de esta realidad tan compleja en que vivimos? ¿Hay salida posible de esta situación?

Con lo que hemos visto, podemos responder afirmativamente a esta pregunta. Todo lo que pasa tiene sentido. Es una invitación de Dios a vivir de un modo nuevo. Lo primero, necesitamos reconocer que somos seres débiles y vulnerables, y que requerimos de los demás para vivir bien y ser felices. Segundo, queremos optar por edificar una sociedad solidaria e inclusiva, donde todos tengamos los mismos derechos y oportunidades, y en donde se respete y valore a todos y a cada uno en sus diferencias. O podemos seguir construyendo una sociedad que es solo para los mejores, los sanos, los fuertes, los inteligentes y privilegiados, como ha sido hasta ahora. Tercero, podemos comenzar ahora a responder al llamado de Dios, haciéndonos la siguiente pregunta práctica: ¿cómo hacer para construir una sociedad al estilo de Jesús desde nuestra asignatura de Religión?

Como profesores, debemos transmitir los sentimientos de Cristo por medio de nuestros sentimientos, sus pensamientos a través de la vivencia de los valores del Evangelio y sus actitudes a través de las acciones solidarias que realicemos;

es decir, siendo consecuentes con nuestra fe. Y debemos hacerlo en este orden: sentimientos, pensamientos y actitudes, porque los sentimientos amorosos sustentan los pensamientos justos y las actitudes solidarias.

En estos momentos de pandemia, en que no podemos encontrarnos físicamente, debemos realizar acciones que tiendan a fortalecer los vínculos entre los profesores, entre los estudiantes y las familias. Para ello, revisemos las nuevas Bases Curriculares y Programa de Estudio de la Asignatura de Religión Católica, los valores y la espiritualidad que nos presenta, y trabajemos las dimensiones de los Objetivos de Aprendizaje Transversales apoyando la planificación y ejecución que como establecimiento educacional debemos construir para acoger el retorno presencial de los estudiantes. Recordemos que los estudiantes vendrán con mucha ansiedad y miedos ante la incertidumbre, y nuestra tarea será ayudarles a reconstruir vínculos de amistad y esperanza en una historia con muchos desafíos.

Miremos con fe el presente para construir un futuro con esperanza y, para ello, amemos por sobre todo a los otros como a nosotros mismos, que así amamos a Dios presente en esta historia.

Tiempos de disrupción

Carola Inaipil Jiménez
Docente en la comuna de Santiago,
región Metropolitana

Antes de que comenzara la cuarentena trataba de calmar a los niños, procurando darles paz y esperanza. Lamentablemente, eso duró al menos dos semanas, ya que el 16 de marzo de 2020 se decretó la cuarentena en la comuna de Santiago Centro. Doy clases a niños de 1° a 8° básico, y dentro del mes de marzo no supe absolutamente nada de ellos. Luego, en abril, vinieron los trabajos de guías que debíamos enviar por el correo institucional, y me fui enterando por este medio que ya algunas familias tenían miembros enfermos con covid-19.

El estrés, la ansiedad e inseguridad son abrumadoras. Hemos estado al tanto de lo que ocurre con las familias de nuestros alumnos y de nuestros colegas, y ha habido situaciones complicadas que se tornaron abrumadoras para uno. De esta manera debía desempeñarme en el trabajo, en la casa, como esposa y madre; el sueño era inconciliable. Entre tantos pensamientos en la cabeza, se busca a Dios para encontrar más estabilidad. La dirección del establecimiento

nos pidió que nos contactáramos con los apoderados. Fueron muy pocos los colegas que me dieron los contactos de los niños y de a poco comencé a integrar grupos de *WhatsApp* de mis cursos, dándoles palabras de ánimo, motivándolos a que buscaran a Dios a través de la oración. Esto fue difícil considerando que la información siempre me llegó por terceros o muy tardía, ya que mi asignatura no tiene tanta “relevancia”.

Mientras tanto, en mi trabajo se incorporaban tablas Excel para supervisar la labor con cada uno de mis alumnos, y se programaban reuniones de Consejo de Profesores que solo traían más ansiedad. También se corría el rumor de la obligatoriedad de hacer clases grabadas y evaluadas desde el Departamento de Educación Municipal. De esta manera, mi celular se llenó de grupos de *WhatsApp* que yo no quería: grupos para Consejo de Profesores, por cursos, por ciclos, por PIE, por equipo comunitario, etcétera.

Todo ha sido una incertidumbre con constantes cambios de estrategias para poder llegar a los niños.

Desafío de esta pandemia 2020

Javier Cortés Cortés

Académico de la Universidad Católica del Norte

Ya han transcurridos varios meses desde que el 18 de marzo de 2020 se decretara, desde la presidencia de la República de Chile, el estado de excepción de catástrofe en todo el territorio nacional, por un plazo de 90 días. Actualmente la medida ha sido extendida desde el 15 de junio. Dicha medida daba cuenta de la gravedad de la pandemia mundial del covid-19, alertada por la Organización Mundial de la Salud desde el 11 de marzo. Desde ese momento, todas y todos hemos sido afectados, en mayor o menor medida, por las consecuencias que ha acarreado. Prueba de ello lo constituyen las mismas palabras del director la OMS, que señaló en un comunicado que la crisis de la pandemia covid-19 no es solo un problema que afecte a la salud de las personas, sino que, además, perturbará en diversos niveles a todos los sectores de la sociedad a nivel global.

¿Qué actitud se esperaba de algo que antes no habíamos vivido en Chile? Solo cabía la posibilidad de que todos pudiéramos colaborar para evitar los contagios y aquellas escenas captadas en Europa y en otras naciones que

nos conmocionaban tan profundamente. En ellas los pacientes críticos perdían dramáticamente la batalla contra el coronavirus, tal como lo indicaban los medios de comunicación.

Los primeros efectos de las medidas y restricciones de movimientos se hicieron sentir, casi de modo inmediato, en el sector de transporte aéreo, donde la compra de pasajes descendió estrepitosamente. Asimismo, los establecimientos educacionales empezaron a cerrar, así como restaurantes y cafeterías. El turismo comenzó a desplomarse. Pequeñas empresas empezaron a quebrar. Todo lo anterior fue aumentando el temido desempleo. De pronto, nos vimos envueltos en un estado de angustia que nos desafiaba a discernir cómo seguiríamos en adelante. Así, desde mediados de marzo, todos nos hemos visto obligados a asumir las medidas impuestas por la autoridad sanitaria, con el fin de evitar los contagios, el colapso del sistema sanitario, controlar la curva de contagio y evitar la muerte de nuestros adultos mayores y de la población de riesgo con enfermedades de base. Sin embargo, la curva comenzó a subir y muchas personas comenzaron a ser hospitalizadas y a fallecer a causa de esta terrible enfermedad. Los análisis se duplicaron por doquier, así como las recriminaciones mutuas por no haber tomado medidas más restrictivas. Los estudios y los discursos academicistas de intelectuales sobreabundaron, con ese aire de adolecer de cierta desconexión con la vida.

Por otra parte, quienes trabajamos en educación nos vimos obligados a implementar, prácticamente de manera forzada, nuestra labor docente a través de conexiones virtuales en la cuales ya no se daba ni la mínima interacción humana. Ahora teníamos que hablarles a ventanas negras con el audio apagado. Ya no rostros en los cuales podíamos interpretar el interés o el cansancio. Faltaba ese importante aliciente en el proceso de enseñanza-aprendizaje: la cercanía con nuestros estudiantes (quizá antes no reflexionada por nuestra parte). Por el contrario, el incremento del fenómeno de las pantallas negras nos llenó de incertidumbre en un momento, y en este proceso pretendimos que podíamos seguir adelante adaptándonos a esta nueva situación. Manteníamos un irrefrenable esfuerzo por hacerlo todo tan bien como antes, con una impetuosa soberbia de que nada pudiese alterar el curso de nuestras acciones, casi olvidando (o nos hacían olvidar) la nota particular de excepcionalidad a la que nos obligaba situarnos esta pandemia. Pero aquí emergió una constatación muy importante: nos dimos cuenta de que no podíamos seguir como antes. Antes de asumir nuestra labor de llevar adelante los aprendizajes esperados de una planificación, que ya se iniciaba accidentada, era necesario hacer un alto y preguntarnos: ¿cómo estamos? ¿Cómo estás tú? ¿Cómo está tu familia? ¿Tienes miedo? Y reconocer que teníamos miedo. En un principio, diríamos que estas parecieran ser preguntas de sentido común, como si su formulación fuese de Perogrullo; no obstante, tal vez imbuidos en la premura del ritmo vertiginoso que

la vida nos ha impuesto, ritmo en el que invertir tiempo en un contacto humano de ese tipo pasó a ser secundario, estas preguntas carecían de profundidad y consistencia. En este sentido, tal vez el confinamiento provocado por la pandemia sea una oportunidad para evaluar nuestro quehacer formativo en el sistema escolar, que en este último tiempo ha debido adaptarse a las circunstancias de una planificación ajustada, que nos obliga a pulsar los avances, y a proponernos aprendizajes esperados más reales y vitalmente prioritarios. Así, el simple hecho de preguntarnos los unos a otros cómo estamos, ya requiere de un tiempo para alcanzar la grandeza de esa acción, que implica el encontrarnos de verdad.

De lo anterior, creo que emerge una clave de reflexión, en medio de este contexto particular, a saber, pensar en la *proximidad* de un modo nuevo. Ciertamente, todas las acciones que nacen del resguardo que debemos tener ante el distanciamiento social, como medida de prevención de contagios, tienen su razón de ser, pero esto no nos debe llevar a perder de vista el horizonte de la proximidad como una clave humanizadora que ensalza nuestra labor educativa. Esto no quiere decir que ella haya estado completamente ausente, sino que se requiere tener más conciencia, o dicho con propiedad teológica, encarnarla hasta el último recóndito lugar de nuestra existencia. Solo así la importancia de la proximidad será significativa en la construcción del tejido social, en especial de un Chile fragmentado y que reclama que la dignidad se instale

como dinámica de promoción humana. Reclamo que viene desde el estallido social de octubre de 2019. Esta proximidad, que para algunos es un repensar la *vecindad*, es una instancia para reformular la reflexión en la línea del autocuidado, entendido no de manera individualista, sino en concomitancia con los otros, mis vecinos, mis estudiantes, cualquier ser humano. Esto no significa reducir nuestras expectativas sobre los aprendizajes esperados, sino educar en la preocupación del bienestar común; en definitiva, yo no puedo estar plenamente realizado en esta vida y en nuestra casa común si a mi alrededor persisten pobreza y condiciones precarias que afectan a otros, y que forman parte de mi vecindad. De alguna forma, este imperativo de repensar la proximidad constituye una crítica profética (y ciertamente evangélica) al modo en que hemos construido este país, que en medio de rostros con mascarillas ha dejado visualizar la gran máscara que cubre nuestra sociedad y toda la realidad. Máscara que se ha roto, dejando ver una sociedad extremadamente individualista y consumista, que ha cimentado los centros de atención en aquello que no constituye lo esencial. Que ha ensombrecido nuestra mirada, impidiéndonos ver a los que están en nuestra proximidad y requieren de nosotros.

Así, la pandemia no solo muestra la tragedia del cobro de vidas humanas, sino también la crudeza de quienes viven en la pobreza: los marginados, las clases medias sobreendeudadas y todos los demás olvidados por el sistema. De este modo, reconstruir la proximidad implica

acentuar aquello que es vital para la convivencia del tejido social, tal como trabajar por la justicia y la igualdad de condiciones para todas las personas. Con tales exigencias, que implican un cambio de conducta, es posible que las anunciadas campañas promovidas por la Iglesia católica chilena como: “No nos salvamos solos”, adquieran mayor sentido; o que la campaña del Ministerio de Salud que se avecina: “Paso a paso nos cuidamos”, adquiera otro nivel de compromiso.

¿Cómo colaboramos en este sentido? Primero, apropiándonos de esta proximidad o vecindad, que en definitiva nos invita a asumir la fraternidad al modo evangélico, al modo como Jesús lo ilustrara tan bien en la parábola de Lázaro y el pobre (Lc 19,19-31), en la cual, existiendo una cercanía física, el rico jamás experimentó la proximidad ante la necesidad del pobre Lázaro. Simplemente, nunca lo vio, no hubo proximidad. En este sentido, la proximidad significa también amparar al otro, escuchar y conmovirse. Por ello, los docentes de la educación religiosa escolar debieran cooperar creativamente para apoyar a los educandos en el cultivo de una proximidad que nos haga sentir verdadera comunidad. Solo en la medida en que nos hagamos conscientes de la importancia de la proximidad podremos ahondar en una formación humanizadora que dé lugar a la contención mutua, la escucha, la preocupación por el otro y, en definitiva, dé a luz una sociedad más justa, y así adquiera más sentido el proyecto del reino de Dios anunciado hace dos mil años por Jesús, pero cuya vigencia

se encarna en el rostro de tantos hombres y mujeres en los que la pandemia ha develado nuestra escandalosa falta de proximidad.

Desde mi orilla

María Isabel Leiva Barra

Docente en Machalí, región del Libertador General

Bernardo O'Higgins

Al escribir estas palabras no pretendo encontrar a alguien que esté pasando lo mismo en este aislamiento que parece una caída, solitaria y colectiva a la vez, desde un precipicio que nos colapsa introspectivamente, que nos ha pillado completamente desprevenidos y que ha trastornado nuestro quehacer diario.

Nadie estaba preparado para esta experiencia, y por eso mismo ha sido un período de alta tensión y estrés, tanto para mis estudiantes como para mí, como profesora. El tener que rediseñar el trabajo hacia una entrega vía *online* ha significado reconfigurar mi rol, actividades y contenidos de la asignatura. Al principio fue un balde de agua fría. Aún me cuesta reaccionar al confinamiento social, por mi forma de ser. Esto ha sido complejo, porque me gusta la interacción con los alumnos y no puedo hacerlo mediante esta nueva modalidad virtual. La sala de clases es irremplazable y la enseñanza a distancia no es lo mismo; no obstante, estoy

tratando de hacer todo lo posible para contener a todos mis niños.

Mis diferentes roles –mamá, esposa, dueña de casa y profesora–, además de encargarme de cuentas, compras, etc., a ratos afecta familiarmente, ya que muchas veces quiero que se vayan todos y se callen. Siento que el tiempo se va muy rápido y no alcanzo hacer nada de lo que debía, sobre todo en mi trabajo. Para poder alcanzar a realizarlo, me quedo hasta la madrugada y el tiempo familiar se resiente. Es una ironía estar 24/7 juntos, pero tener menos tiempo para la familia.

Certezas en época de incertidumbre

M. Solange Favereau Correa
Académica de la Universidad de Los Andes

De un momento a otro, las pocas certezas con que contábamos en nuestra vida se transforman en incertidumbre, y de una mañana a otra, sin ningún aviso, se oscurecen los proyectos y se caen los eventos. Te suplican y ordenan, “quédate en tu casa”, “cuídate”, no abrases, no beses, solo un incipiente saludo. Inestabilidad económica, política, social, sanitaria, académica, personal... nos está convirtiendo en surfistas: hay que inventarse un suelo para volver a pararse en este mar agitado, ser empáticos para saber leer el contexto: la dinámica de las olas, estar atento al soplo de los vientos, sin negar la realidad, tener la plasticidad para protagonizar los cambios y no solo adaptarnos a ellos.

Tiempos líquidos, miedos sólidos, fragilidad humana, un trinomio que nos lleva a replantearnos muchas cosas. ¿Cuándo el alcohol gel se hizo famoso? Cuando tú y yo empezamos a ser sospechosos y la orden de alejamiento social develó nuestra vulnerabilidad. Y el mundo se detuvo y, encerrados en nuestras casas, batallamos con la rutina,

los miedos, las penas y el cansancio, y olvidamos, entre tanto, la alegría de estar vivos.

Pero esta es una parte de la realidad, la que más nos duele, la más cruda. Hay otra parte de la que quizá se habla menos, que no sale en el noticiero, y por eso es preciso desempolvlarla. Es la de la esperanza. ¿Qué aires nuevos nos ha abierto esta pandemia? Aquí los profesores y profesoras de Religión tienen algo importante que decir. No es posible guardar bajo la cama el sol, tenemos que dejar que el mal se inunde de bien.

El hombre es un ser de sentido y de trascendencia, y no solo de estadísticas. Muchas veces las cosas del mundo se rigen por los números y la voz de la mayoría, dejando de lado las convicciones, las pasiones, las ilusiones y los sueños. Tú, profesor, profesora de Religión, tienes un mensaje que hoy puede ser ancla para muchos que han visto su barca agitada por la tormenta, zarandeada por los vientos de este tiempo; hoy es el momento preciso para compartir las certezas que ninguna tragedia puede pulverizar. Son esas certidumbres las que, como un ancla, se clavarán en ese fondo calmo, apacible, silencioso de los ruidos del mundo. Estamos en el tiempo de las grandes preguntas. No es tiempo solo de soluciones, sino de repensar lo que veníamos haciendo hasta esta hora.

La primera certidumbre que te ofrezco es pensar que nada es casualidad. Que el tiempo en que nos toca vivir es el preciso y el oportuno, y que este tiempo espera algo de nosotros, porque tenemos un sentido de misión y una

vocación a algo grande: mostrar un Dios vivo y amante de su creación, de ti y de mí, un Padre incondicional que solo quiere envolvernos con su ternura. Un Dios al que no le importa que caigas mil veces, sino que espera tu vuelta cada vez con una nueva sonrisa.

La pregunta no es, ¿qué esperamos de la vida?, sino al revés ¿qué espera la vida de nosotros? Es muy triste ver a alguien pateando la vida y mirando cómo caen uno a uno los días del calendario. Cuando uno cree realmente que es el ser más especial para Alguien, que lo ama sin medida y sin cálculos utilitarios, existe la certeza de dónde está la verdadera felicidad, y los días ya no son rutina, sino una excelente oportunidad para ser feliz y hacer feliz a otros. La felicidad no llega como un rayo, hay que disponerse para salir a su encuentro. En esta época de confinamiento hemos extrañado la presencia de los más queridos, añoramos estar con nuestros estudiantes, ver sus caras, sentir sus risas, en fin, los vínculos significativos que le dan a la vida toda la humanidad posible. Hemos aprendido a valorar la bendita presencia, que no la sustituye ninguna plataforma, por avanzada que sea. La presencialidad del otro me remite siempre a mi finitud: necesito de los otros para configurarme, para completarme, para darme. Vuelvo a la idea inicial, las personas con que nos cruzamos en la vida no son fruto de la casualidad; si hubiéramos nacido unos años antes o después, en otro barrio o hubiéramos ido a otra escuela, muchas cosas serían diferentes. Y si el encuentro con las personas no es casual, menos lo es nuestra fe; ese don

gratuito que recibimos, y el cual nos ha proporcionado el mayor de los encuentros: el encuentro con Dios; el pozo de agua viva en donde podemos beber agua fresca para curar nuestras penas y dolores; quien te ofrece unos brazos calurosos para cuando te sientes solo y abatido. Si esa es nuestra certeza mayor, ¡cómo no compartirla con otros! Llevar a otros, a tus estudiantes, amigos, familiares, a ese pozo para que enjuaguen su rostro y puedan ver los ojos misericordiosos de Jesús. Ser profesor en estos tiempos es una bendición.

Si hay una lección de pandemia-cuarentena de la que debemos tomar apuntes es vivir de la simplicidad y sencillez. Se nos han reordenado las prioridades. Ocultos en nuestras casas vivimos con lo que es indispensable, valoramos la salud y la concordia familiar por sobre todas las cosas. Y en esta época de las grandes preguntas, la más importante debiera ser: ¿qué buscamos? ¿Qué amamos? ¿Qué sacia mi sed? He aquí que lo simple y lo sencillo se convierten en la segunda certeza que ofrezco; las cosas más valiosas en la vida son pocas y están al alcance de todos. ¡Esta es la mejor noticia! Dios se encuentra en lo simple, no en la sofisticación: una buena conversación, un buen vaso de vino junto a un amigo, contemplar un atardecer, cantar con el canto de los pájaros, abrazar el silencio, rezar con la confianza de que Dios está ahí, en mi casa, en mi cuarentena; que no ha dejado de estar nunca. Si Dios se sienta en mi mesa cada día, ¿qué incertidumbre me puede abatir? Esta no es una idea romántica, es parte de una decisión. Para los que

creemos es el pilar de nuestra frágil vida. La decisión es: ¿quiero dejarle espacio a Dios en mi mesa?

Esta experiencia de desprendimiento que vivimos tiene que ser una nueva forma de salir al mundo, a nuestras clases, a nuestro trabajo; porque no solo se trata de un desapego material, sino humano. ¿Dónde pongo mi corazón? ¿En qué pongo mi esperanza? Mejor dicho, ¿en quién pongo mi esperanza? ¿Cuál de mis alegrías es la que quiero compartir con otros? La vida es demasiado frágil para entraparnos con las cosas del mundo; entrelacémonos hondamente con las personas que forman mi comunidad cercana. Ser luz para otros, ser sal para muchos, ser maestro de vida para tantos, es un imperativo cuando la falta de interioridad, de profundidad y de caridad es el origen de muchas de las tristezas. Es más, la presencia de Dios por ella misma, basta. Es tiempo para la experiencia de Dios. Nunca es tarde para lo esencial. Parafraseando el Eclesiastés, hay un tiempo para cada cosa y un momento para hacerla bajo el cielo. ¿Qué tiempo quieres vivir?, ¿para conservar, para tirar fuera?, ¿para rasgar, para coser?, ¿para nacer, para morir? Un tiempo para callar y un tiempo para hablar. Después de tantos días enmudecidos hay un mensaje que dar. Para ti como profesor, como profesora, es tiempo de hablar, de ser el megáfono de Dios, de salir a sembrar, de no callar dos grandes certezas: no estamos en esta vida y en este tiempo por casualidad, Dios está entre nosotros, en la simplicidad y la sencillez. Que esta pandemia nos cambie el corazón para que nada quiebre

nuestra esperanza, aunque lo esté pasando mal. Abrir los ojos a lo esencial es ya un bálsamo.

Todo esto pienso, mientras desde el tejado de la casa de enfrente un gato impávido mira a mi ventana como preguntándose ¿qué te hicieron? ¿Por qué todos los días ahí encerrada? Si pudiera contestarle le diría: estoy pensando cómo ser fuente y luz, estoy agradeciendo de darme cuenta de que el 2020 no ha sido casual en mi vida.

Streaming, vida y esperanza

Ximena Leiva Andreo

Docente en la comuna de Peñalolén, Santiago

Me estaban solicitando hacer clases *online* en un momento demasiado inquietante y apenas comenzaba a asimilar la enfermedad entre mis conocidos, cuando el colegio exigía astucia y solo avanzar. Era una tormenta, debía subirme sobre la marcha, era inédito. Había que trabajar horas extras, grabar videos y aprender algo absolutamente desconocido para mí: las plataformas digitales. Sentimientos profundos de terror, angustia y de incertidumbre requerían una gran voluntad y fortaleza, además de creatividad y flexibilidad para enseñar con este nuevo sistema a diversos estudiantes. Sumado a las inestabilidades de las familias y sus vacilaciones emocionales, había que comprender y contener.

Todo ello sirvió para cuando llegó el momento de hacer clases de Religión a distancia. Un mes más tarde de este nuevo desafío colectivo ya no había un gran temor ni tampoco tantas dudas para invitar y motivar a los estudiantes a alcanzar los objetivos en este ambiente virtual.

Bendita pandemia, por un lado, que me hizo sacar diversas herramientas guardadas dentro, y desarrollar otras

originales saliendo de mi zona de confort. Claramente, no ha sido fácil, pero se puede. Los estudiantes aprenden, se motivan y reflexionan a pesar de las circunstancias, a pesar de mí misma. Ahí está el Señor dando luz y confianza para lograrlo. Está a través de la oración, los alumnos, la familia. Está para todos quienes quieran encontrarse con Él... para quienes quieran saludarlo y fortalecer su fe. ¡En medio de esta tormenta está Jesús!

¿Y ahora qué?

Isabel Margarita Gómez Rojas
Académica de la Universidad Finis Terrae

Las transformaciones provocadas por la pandemia del covid-19 han llevado a movilizar todos nuestros recursos para responder, con pertinencia, a los desafíos y demandas que presentan las instituciones educativas. Así, nuestras casas se han transformado en la sala de clases y hemos entrado a los hogares de nuestros estudiantes, tratando de “seguir adelante y no perder clases”. Este ha sido el mensaje, hay que seguir, así que todos a trabajar en la elaboración de guías y clases *online*; los niños y jóvenes deben aprender la materia.

Por otro lado, al escuchar a muchos colegas he sentido que están sobrepasados. Muchos señalan que han trabajado el doble y que nadie les ha preguntado, siquiera, cómo se encuentran, qué es lo que están viviendo como seres humanos durante este período.

Hoy es tiempo de discernimiento acerca del sentido de nuestras vidas. Es un tiempo privilegiado para encontrarnos con nosotros mismos y con los demás, reflexionando acerca de dónde estamos poniendo los énfasis de nuestra existencia y qué es lo que nos mueve a levantarnos cada día. Esta

experiencia de retirarnos a nuestras casas y de estar en cuarentena con los nuestros nos ha llevado a resignificar nuestra vida familiar, a compartir como antaño, cuando los espacios de comida eran los más ricos momentos de conversación y encuentro, especialmente en tiempo de frío. También hemos compartido con amigos las alegrías y tristezas, la vida, el nacimiento de un bebé, el cumpleaños de otros o la muerte de un padre, abuelo o amigo; la falta de trabajo de algunos y la enfermedad de alguien querido. Como creyentes, hemos orado como nunca, con el que sufre, especialmente para que el otro sienta nuestro cariño y cercanía, al no poder estar físicamente acompañándolo y abrazándolo.

Además, las tareas domésticas, la atención de la familia, especialmente de los niños, y el teletrabajo han generado en muchos de nosotros sensaciones contradictorias: por un lado, agradecimiento por poder cuidarse, o angustia por los efectos de la cuarentena, que ha implicado tener que preparar clases utilizando diferentes plataformas para las que no se tenían las competencias tan desarrolladas. Para muchos, esto ha sido una tremenda tensión, pero también ha significado un aprendizaje importante. Sin embargo, ahora, cuando ya todos somos más amigos de *Zoom*, *Meet*, *Skype*, *Classroom* y otros, es necesario humanizar estos sistemas, para que sean un medio y no un fin en sí mismos. No reemplazan la comunicación que los seres humanos requerimos y que la tarea pedagógica exige, en donde el compartir, sentir, hacer y comprender se conjugan; en

donde la sonrisa de un niño, el “hola, profe” de un joven, el “cómo estás” de un colega, el “buenos días” de un portero o de algún apoderado nos hacen sentir vivos y, por qué no decirlo, felices de poder acompañar la vida de niños y jóvenes a través de nuestra labor.

Y DESPUÉS DE LA PANDEMIA... ¿QUÉ HACER?

No pretendo decir “esto se debe hacer”, pues no podría hacerlo. Más bien, quisiera compartir con ustedes mis hipótesis en estos tiempos de incertidumbre, cuando la certeza que tenemos es que existimos, y para los creyentes, la certeza de que Dios está con nosotros y que tenemos que reflexionar en la búsqueda de sentido de esta realidad tan compleja que estamos viviendo. Asumir realmente que el Dios de Jesucristo es un Dios presente en la historia, que la encarnación del Hijo de Dios sigue presente con su proyecto de vida plena para la humanidad, que no es otro que vivir el amor consigo mismo y con los demás, desde el reconocimiento del otro como un hermano y de Jesucristo como el Señor de la historia.

Algo que siempre he creído y que hoy más que nunca urge es practicar la pedagogía del amor, del encuentro y la acogida. Si ser pedagogo es ser acompañante en el camino de aprender, esto no se agota en el conocimiento de conceptos, sino en adaptarse a vivir en un mundo complejo, en el que se requiere del saber, del saber hacer y del saber ser, integradamente. Si amamos a nuestros estudiantes, ellos

lo sienten; y no existe ningún ser humano que se resista al amor. Esta experiencia amorosa crea un ambiente favorable para el logro de los aprendizajes, caracterizado por el respeto, la confianza y el compartir fraterno.

¿CÓMO HACER VIDA LA PEDAGOGÍA DEL AMOR, EL ENCUENTRO Y LA ACOGIDA?

En los diferentes pasajes bíblicos Jesús nos enseña variadas formas de acompañar a las personas. A modo de ejemplo: Jesús y la samaritana, Jesús y Zaqueo, Jesús con la mujer adúltera, etc. En estas relaciones, entrega las pistas pedagógicas que es posible implementar hoy en nuestros espacios educativos.

La primera es la proactividad o el salir al encuentro de nuestros estudiantes, el preocuparnos por conocerlos, el verlos como sujetos que piensan y sienten. De esta forma se logra identificarlos por su nombre, es decir, asumir su singularidad, reconocer a cada uno como un ser único e irrepetible, libre y consciente; con capacidad para desarrollarse y crear. Luego, acercarse al que no le interesa la religión, el que molesta en clases, el que está solo y que muchas veces nos produce conflicto; asumiendo nuestras emociones, acogerlo y hacerle sentir que nos importa y, por sobre todo, que creemos en él/ella. Por último, tal como Jesús, dar la vida por amor. Hoy los educadores dan la vida en la entrega generosa al realizar su tarea educativa con responsabilidad y sentido ético. Esto se plasma en la planificación de sus clases, en la constante capacitación que realizan y, algo

no menor y fundamental, en la reflexión que hacen de sus prácticas docentes, como una forma de ir mejorando su desempeño educativo.

Estos elementos pedagógicos se articulan con la actual propuesta de Bases Curriculares y Programas de Religión para la Educación Religiosa Escolar Católica 2020 (BCPRC), que proponen una educación que asuma y reconozca las experiencias de los educandos y, a partir de estas, ir tejiendo el aprendizaje acerca de cómo la revelación de Dios está presente en la vida y en la historia. Es decir, a partir del reconocimiento de los elementos de nuestra inmanencia, se va acompañando al estudiante en el despertar de la dimensión trascendente de su existencia y el desarrollo de la dimensión espiritual y religiosa, descubriendo y experimentando el amor de Dios.

Por último, cabe señalar que a partir de la correlación entre la experiencia humana y la revelación de Dios, la que indica siempre un proceso en espiral, que pasa por la experiencia humana hasta la fe cristiana y luego retorna desde la fe cristiana a la experiencia humana, profundizando en cada momento la experiencia anterior, es clave afianzar las competencias reflexivas en los estudiantes para que puedan, en conciencia y libertad, contar con los elementos fundamentales que les permitan hacer una opción creyente que acompañe su proyecto de vida, siendo seres humanos éticamente responsables y con un manifiesto compromiso social y eclesial.

Acompañar este proceso requiere que nosotros, “educadores de la fe”, seamos aprendices de las nuevas formas de enseñanza, facilitarles el descubrimiento, la admiración y la creación de sentido, es decir, ser productores de humanidad. Todo esto en un trabajo colaborativo e interdisciplinar.

Un profesor no puede dejar de educar en tiempos difíciles

Bernardita Lizana Peña

Docente en la comuna de La Granja, Santiago

Me preocupa esta nueva realidad educativa en la que estamos insertos hoy, tanto estudiantes, apoderados y docentes, un poco por la angustia de los niños ante el encierro que de distintas formas están experimentando, y también por el vínculo entre estudiantes y docentes, que sin duda se ha visto afectado al ser cortado abruptamente. Tampoco puedo dejar de mencionar la angustia a la que me he enfrentado al adaptar mis clases al nuevo contexto educativo virtual.

En este nuevo escenario, se me ha pedido buscar maneras para mantener el contacto y cercanía con los estudiantes, y me vi en la necesidad de crear nuevas formas de comunicación. Realicé un cuentacuentos por redes sociales, a través del cual los niños pudiesen comentar sus necesidades y dificultades desde sus propias miradas. Se generó así un espacio novedoso en el que hemos podido relacionarnos para mantener el vínculo y la comunicación.

Hoy, desde esta triste pandemia, es muy importante destacar que, como docentes, podemos generar y guiar la

solidaridad y la empatía. Por consiguiente, afirmo que, pese a la angustia y sufrimientos de nuestros niños, de los apoderados y de la mía, el estar presente de alguna forma generando vínculos permanentemente ha sido muy enriquecedor. Entiendo que, como docente de Religión, no solo debo enseñar contenidos, sino que mi labor también radica en motivar y crear el gusto y la necesidad de reconocer la presencia de Dios en estos tiempos difíciles.

Acompañar, al estilo del Maestro

Mónica Hernández del Campo
Académica de la Universidad Católica del Maule

En Chile, las clases presenciales se encuentran suspendidas por cuarentena preventiva desde el 15 de marzo del presente año. Contextualizando la realidad local, en Chile contamos con 11.451 escuelas, 30% de ellas ubicadas en zona rurales, las que han tenido que implementar cambios sobre la marcha de estrategias de trabajo y enseñanza, con el propósito de sostener las trayectorias escolares de más de tres millones y medio de estudiantes a lo largo del país, en contextos extremadamente diversos y desiguales. La crisis ha sumido de golpe a los grupos docentes en ambientes virtuales, en tecnologías comunicacionales que antes eran una opción más entre otras; ha obligado a nuevos aprendizajes, pero también ha permitido reconocer la precariedad de algunos grupos sociales de manera abrupta y muchas veces inimaginable.

Ya pasados unos meses, la capacidad de adaptación ha permitido sobrellevar esta pandemia. Junto con constatar de manera radical el agotamiento y el cansancio del trabajo a distancia, nos hemos dado cuenta de la gran vocación docente que moviliza la más genuina convicción de que

educar es una obra de amor; como decía san Juan Bosco, “es cosa del corazón”.

Ha sido el tiempo de las preguntas: ¿qué hacemos? ¿Cómo lo hacemos? Pero también el tiempo de profundizar sobre lo importante, sobre lo esencial. Sin duda el rol docente esta permeado por convicciones muy justas y razonables sobre la relevancia de los nuevos saberes, de la construcción del conocimiento disciplinar, de las estrategias de enseñanza, de los estilos de aprendizaje, de las evaluaciones, de la pertinencia de los recursos y las adaptaciones a las nuevas modalidades de trabajo. Así también, surge con fuerza la necesidad de reflexionar sobre una convicción y una certeza anterior a los conocimientos y estrategias: volver a mirar al Maestro, que con su particular estilo pedagógico se transforma en el mejor modelo para nosotros cuando buscamos certezas en medio de las preguntas.

Una certeza de que el estilo de Jesús Maestro nos puede resultar plenamente significativa es la del acompañamiento. En estos meses de incertidumbres, los profesores han asumido esta hermosa tarea de acompañar, no solo a los niños y adolescentes, sino a las familias que han hecho de sus hogares una escuela. Se trata de mantener el vínculo, mantener la esperanza, mantener la presencia; se trata de estar, de acompañar. Se trata de un estilo de enseñanza situacional, en contexto, donde las vivencias cotidianas constituyen un espacio para el desarrollo de una enseñanza significativa, iluminadora y profunda, que interpela y da sentido.

El acompañamiento de Jesús es más que estar solamente al lado de una persona, es tocar su realidad, interesarse por conocerla, es estar atento y hasta compadecerse de ella; acompañar es ser manso y misericordioso con todos. Así lo hace Jesús durante todo su ministerio: observa, se detiene, acompaña y transforma. Está junto a las personas, y frente al temor de una tormenta entrega la calma que da su compañía: “No teman” (Mt 14,27), o en la Transfiguración también les dice a sus discípulos: “‘Levántense, no tengan miedo’ (Mt 17,7). Así el profesor de Religión acompaña y anima, también transmite que está ahí, que hay esperanza, que podemos confiar. Resuenan las palabras de Jesús que nos invita a confiar, porque Él está con nosotros.

Así como anima en el temor, Jesús acompaña también la vida del dolor y el sufrimiento; lo podemos leer en muchos relatos de los evangelios cuando se acerca al enfermo, al endemoniado, al que sufre, a la familia del que ha muerto o a la viuda. Hermoso es el episodio de la resurrección de Lázaro: es el mismo Jesús quien va al lugar, se hace presente en medio del sufrimiento, y se conmueve profundamente con la muerte de su amigo... “Y Jesús lloró. Los judíos decían: ‘¡Miren cómo lo amaba!’” (Jn 11,35).

Jesús acompaña y lo hace con paciencia, se adapta al caminar lento y desigual de sus discípulos. También los profesores, en el estilo del Maestro, acompañan esos ritmos desiguales, con especial cuidado con quienes más necesitan sentirse confiados. Se adaptan también a su

gradual aprendizaje, con sus altos y bajos naturales, para quienes emprenden un camino totalmente nuevo.

En varios relatos de los evangelios podemos descubrir que la pedagogía de Jesús es activa, y acompaña porque él toma la iniciativa, se acerca y acorta distancias, da el primer paso. Es el compañero de camino de los discípulos de Emaús (Lc 24,13): va junto a ellos, a su lado, con paciencia, intentando comprender lo que les ocurre; les pregunta y los escucha. En ese acompañamiento, atiende sus necesidades y les enseña: *“Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída’. Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron”* (Lc 24,29 ss).

Éste es el tiempo para acompañar, en el estilo del Maestro. Es el tiempo de la escucha y la acogida, de la presencia activa y amorosa que anima, enseña y da esperanza. Se renueva cada día la misión de los discípulos de ir y enseñar con la pedagogía de Jesús, Maestro bueno, que es la brújula para orientar el camino.

Metamorfosis forzada

Jeannette Poblete P.
Docente en Retiro, región del Maule

Marzo, con esperanza y entusiasmo iniciaba un nuevo año escolar recibiendo nuevos desafíos de guiar un nuevo curso, un quinto básico.

Confiada en las buenas intenciones, la motivación y la alegría de volver a compartir con los colegas después de unas merecidas vacaciones daban el puntapié inicial a la esperanza de un año exitoso.

Un año pastoralmente planificado: actividades, liturgias, caminatas, celebración del centenario de nuestra Congregación me tenían expectante. Por otra parte, en los medios de comunicación se veía lejana –quizás no tanto– una llamada pandemia que se estaba expandiendo por el mundo. Incertidumbre generó la noticia de cuando apareció el primer caso en la región del Maule (San Javier) y más aún cuando, de un momento a otro, un domingo, por televisión, el ministro de Educación anunció la suspensión de clases a nivel nacional.

Sentí que me paralizaba. Preguntas, dudas, incertidumbre y más preguntas pasaban por mi cabeza en ese momento.

¿Qué vamos hacer ahora? ¿Cómo lo vamos a enfrentar? ¿Qué pasará con nuestros niños, con el trabajo? Preocupación, angustia..., a ratos un poco de calma.

Todo el mundo escolar expectante. ¿Qué haremos ahora? Poco a poco, creo, la voz del Señor y su divina luz fueron iluminando la mente de cada uno para que pudiéramos reinventar estrategias de trabajo, habituarnos a las nuevas formas de comunicarnos, incluso de saludarnos ¡Qué frío todo! ¡Qué distante!

Así han pasado ya más de cien días. Aún persiste la incertidumbre, hay dolor por la pérdida de personas, hay angustia, estrés, desolación, desigualdad, revive la pobreza; nos dimos cuenta de que la señal de internet es imprescindible hoy, pero también ha sido un tiempo para reencontrarse en familia, compartir, conversar, reír.

Y seguimos aquí. ¿Hasta cuándo? Hasta cuando Dios diga ¡basta!

“Nadie se salva solo” o cómo el covid-19 nos recuerda que necesitamos del otro

Loreto Moya Marchant
Académica de la Pontificia Universidad Católica
de Valparaíso

De diferentes maneras y en diferentes circunstancias, todos estamos viviendo en pandemia. Estamos en medio de ella y no sabemos ni cómo ni cuándo va a terminar. Es desde este contexto, entonces, que deseo compartir estas reflexiones que no quieren ser absolutas o completas, sino más bien un compartir fraterno de algunas oportunidades o desafíos que creo que la Educación Religiosa Escolar (ERE) empieza a vislumbrar en un mundo con covid-19. Parto desde la convicción de que la ERE es una asignatura fundamental en el currículum nacional y que, por su naturaleza, ella tiene hoy una gran oportunidad para aportar al desarrollo de los niños y jóvenes de Chile.

Constantemente experimentamos que la sociedad nos transmite una visión del ser humano y de la vida basada sobre todo en el exitismo, el consumo y el individualismo. Esto

hace que sea muy difícil que conceptos como solidaridad, comunidad, empatía sean acogidos y vividos por nuestros niños y jóvenes. Muchas veces nos cuestionamos si nuestra propuesta cristiana es “actual” y significativa en los espacios educacionales. La aparición del covid-19 ha significado para muchos descubrir una realidad que, aunque siempre estuvo presente, no veíamos quizá con tanta radicalidad. Me refiero a la experiencia de fragilidad y vulnerabilidad. No era evidente (lo que no significa que no lo viviéramos, insisto) lo frágil que era nuestra vida y la de nuestro entorno. El covid-19 nos está mostrando que no discrimina a quién contagia (aunque en los sectores de mayor pobreza se está esparciendo más y más rápido); estamos viendo que amigos y familiares han fallecido o sufrido los dolores que acarrea este virus. Asimismo, estamos experimentando la cesantía dentro de nuestros entornos y vemos cómo la economía de los hogares está en crisis. Personalmente creo que este contexto desolador puede transformarse para el profesor de Religión en un momento de oportunidad, de poder preguntarnos: ¿cómo acompaño estas experiencias radicales y dolorosas de mis estudiantes? ¿Cómo la esperanza cristiana puede iluminar y consolar en medio de tanto sufrimiento?

Pareciera que, en este nuevo escenario social, el mensaje cristiano puede tomar fuerza y sentido. Volver la mirada a Jesús, poner los evangelios en el centro de la reflexión y de la vida es un camino que puede orientar algunas opciones pedagógicas que hagan de nuestras clases un espacio donde, además de acompañar, podamos ir construyendo

una nueva manera de relacionarnos y vivir en sociedad. En este tiempo de pandemia hemos escuchado mucho decir que “de esto salimos juntos”, es decir, se insiste en que necesitamos del otro, de la otra, para poder superar la crisis sanitaria que estamos viviendo. Cada vez que escucho esa frase, a mi mente viene esta certeza cristiana de que “nadie se salva solo”, pues el cristianismo es una religión donde la comunidad, la empatía y la necesidad del otro están en el corazón de la experiencia creyente. Esto lo vemos en la misma vida de Jesús, quien buscó a sus amigos para que estuvieran con él, a quien le importaba la vida del otro y por eso se sentaba a la mesa a conversar, a conocer al otro. El proyecto del Reino no lo podía hacer Jesús solo, necesitaba a hombres y mujeres de su época para darlo a conocer e invitar a continuarlo cuando él ya no estuviese.

Si bien por varias décadas la sociedad nos ha hecho creer que “cada uno se salva solo” o, en un lenguaje más coloquial, “cada cual se rasca con sus propias uñas”, el covid-19 nos permite reflexionar con nuestros estudiantes sobre el significado de esta necesidad del otro y mostrar que no es algo a lo que recurrimos solo en momentos de crisis o pandemia, sino que esta necesidad forma parte de la propuesta antropológica del cristianismo. Es a lo largo de toda nuestra vida que estamos necesitados del otro y del Otro y, por lo mismo, somos vulnerables y estamos expuestos también a ser dañados.

Asumiendo la debilidad que conlleva tomar conciencia de esta necesidad, la *hospitalidad* puede transformarse en un

concepto teológico-pastoral que puede alimentar nuestras reflexiones y experiencias. Acoger al otro diferente a mí es una experiencia que estamos viviendo hoy a través de ollas comunes, de ayudas a quienes necesitan lo básico, alojando en nuestra casa a alguien que ya no tiene dónde vivir, cooperando en rifas solidarias, etcétera. La hospitalidad no como un acontecimiento para momentos de crisis sino como una forma de vida puede ayudarnos a proponer otra sociedad, en la que las relaciones interpersonales no pasan por el color de la piel o la nacionalidad, sino más bien por esta experiencia de haber sido nosotros también hospedados por otros y por Dios mismo. Mirar la realidad que estamos viviendo como un momento para acompañar, pero también para formar, puede ser una oportunidad única para que, luego de superar esta crisis sanitaria y social, podamos construir otro Chile. Los cambios no son mágicos, estos tienen que ser pensados, compartidos y deseados. Quizá esta pandemia puede traernos nuevos modos de relacionarnos, más humanos, más en el estilo de Jesús, pero para ello los profesores no podemos renunciar a educar, no podemos bajar los brazos en este momento, por más doloroso y cansador que se nos esté haciendo.

Y porque estamos necesitados de los otros y llamados a seguir educando, creo que hoy es importante no aislarnos y hacer comunidad con los profesores de Religión o con nuestras comunidades de sentido para reflexionar y verbalizar cómo en mi propia vida vivo este contexto de pandemia y de incertidumbre; compartir, por ejemplo, qué

experiencia de Dios estoy viviendo y cómo poder en este tiempo transmitir a nuestros estudiantes imágenes de Dios que sean liberadoras, amorosas y que vayan construyendo respuestas sobre nuestro lugar en la sociedad y el sentido de la vida, entre otras.

“Solo Dios basta”

Andrea Ríos

Docente en la comuna de Macul, Santiago

Durante estos meses de encierro nada ha sido fácil; adaptarse a nuevas realidades, a nuevas sensaciones, a nuevas emociones, ha sido un camino largo, pero increíblemente corto a la vez, porque no hubo tiempo de reflexionar, de planificar y menos de ir paso a paso. Todo sucedió de un día para otro. Nuestras vidas cambiaron y, quisiéramos o no, tuvimos que adaptarnos. Una realidad que estaba cerca nuestro, en la que utilizábamos las videollamadas, los *WhatsApp* y tantas otras tecnologías solo por entretención o incluso, a veces, por intentar hacer “más chora” la clase, se volvió esencial; hoy no nos queda más que utilizarlas como medios indispensables para seguir enseñando, para seguir evangelizando, para seguir acompañando a nuestros estudiantes y sus familias, aunque sea por medio de una pantalla.

Si hacer Religión en el mundo “real” es difícil, solo Dios sabe cuánto cuenta hacerla en el mundo virtual, cuando incluso en muchos colegios ni siquiera fue considerada como asignatura que se diera *online* o a través de videos explicativos. Este no fue mi caso; desde el principio del encierro tuve la

posibilidad de contactarme con mis estudiantes ya sea por correo, *Meet* o cápsulas. Y si bien el agobio, el cansancio y la incertidumbre a veces han pasado la cuenta, no todo ha sido tan malo, ya que esta nueva forma de hacer clases me ha permitido trabajar otras temáticas y hacer cosas más creativas, que muchas veces fueron olvidadas por la premura de tener las planificaciones a tiempo, las notas cuando correspondía o por tener que utilizar el libro de Religión, para que los apoderados no reclamaran.

Ha sido un tiempo extraño, ha sido un tiempo de echar mucho de menos el abrazo sincero, la sonrisa inocente, incluso el desorden de la sala de clases; pero también ha sido un tiempo de autoaprendizaje, de poner mi creatividad y paciencia al máximo y de entregarme a Dios, porque cuando todo el resto falla... *solo Dios basta*.

La educación emocional, un desafío de la educación religiosa escolar en tiempos de pandemia

Jessica Navarro Navarrete
Académica de la Universidad Católica de Temuco

Ante la incertidumbre de cómo será el regreso a clases tras la pandemia, los profesores en general experimentamos nuestro día a día con ciertas interrogantes y reflexiones a nivel personal y profesional, ya que sin lugar a dudas esta crisis sanitaria del coronavirus nos ha puesto a prueba.

Desde este contexto, solo tenemos dos caminos, mirar la crisis como una oportunidad o verla como una desgracia.

Pues bien, desde nuestro rol de profesores de Religión la ruta debiese estar clara, enfrentar este momento como una oportunidad, un tiempo de aprendizaje, al sobrellevar este escenario como un signo de resurrección, en donde se apele a la experiencia personal y a la significatividad para cada uno. Por ejemplo, uno de esos ámbitos puede estar en nuestro propio corazón, en donde se aniden la fe y la esperanza de que saldremos adelante pese a todo, sin dejar que esta pandemia nos prive de nuestros afectos...

Precisamente, el lenguaje del corazón debe reunirnos e interpelarnos a quienes educamos en la fe, como un camino viable y trascendente, una tierra fértil para sembrar las semillas del Verbo Encarnado, un espacio de evangelización que no debemos desaprovechar.

Sabemos que Jesús focalizó todo su Evangelio en la vivencia del mandamiento nuevo: el Amor fue y es su principio pedagógico fundamental; como indican por ahí, fue un maestro de las caricias de Dios.

Sin embargo, en este momento, cabe la pregunta desde nuestro rol como docentes de Educación Religiosa Escolar: ¿nos sentimos preparados para educar emocionalmente a nuestros estudiantes? Al parecer no es tan así; ciertamente que necesitamos estar bien con nosotros mismos para poder educar a otros, más aún desde el ámbito de la fe.

Desde esta lógica, distintas investigaciones nos señalan un par de ideas fundamentales que es necesario considerar. Una de ellas es que no hay acción sin emoción; en otras palabras, cada una de nuestras acciones cotidianas está impregnada de emociones, sean positivas o negativas. Igualmente, necesitamos considerar que la inteligencia emocional de nuestros estudiantes empieza por la de sus profesores; en este sentido se releva la importancia de nuestro rol como modelos emocionales, recordemos que las emociones se contagian. Pues bien, el llamado entonces es a irradiar emociones positivas hacia nuestros estudiantes, para que ellos se sientan bien consigo mismos.

Por tanto, recogiendo estas premisas, se trata de practicar o vivenciar ciertas competencias emocionales que nos permitan estar bien y sentirnos bien, tales como la conciencia emocional y la regulación emocional, que a mi juicio son habilidades de base para llegar a una verdadera comprensión de las emociones.

En este escenario, los educadores cristianos estamos llamados a vivir el Evangelio con alegría. No olvidemos que Jesús fue un ejemplo a seguir en este tema, un verdadero maestro del amor y de las emociones, un conocedor de los sentimientos propios y de los demás. Los sentimientos de Jesús tienen su origen en su gran humanidad, la fe y el amor a Dios, a los demás y a uno mismo (1 Jn 4,7).

En razón de lo anterior, y como desafío personal y profesional, los profesores de Religión debemos ser fiel ejemplo del testimonio emocional de Cristo aquí en la tierra, más aún en el contexto actual, al recoger sus enseñanzas y vivenciar su palabra desde esta educación emocional, comprendida como un proceso permanente y cotidiano, que busca un equilibrio entre lo cognitivo y lo afectivo para generar bienestar en la persona.

Ahora bien, en términos de implementación de esta temática en la actualidad, a nivel didáctico, efectivamente tenemos que reinventarnos, con estrategias de enseñanza que posibiliten una reflexión e innovación a partir del nuevo escenario al que nos vemos enfrentados. Por ello, los procedimientos que usemos para generar aprendizajes desde el plano emocional cobran relevancia.

En este sentido, nuestras clases de Religión no solo son un espacio para favorecer el diálogo de la fe con la ciencia y la cultura, sino también un escenario abierto y dinámico para conectar las emociones con los contenidos de la fe, un momento de encuentro con el Señor en que se nos permite propagar los valores del Evangelio para que el día de mañana veamos reflejados los frutos en seres humanos íntegros y responsables consigo mismos y con la sociedad, capaces de enfrentar los desafíos que la vida les plantee.

Por ello, las estrategias de enseñanza debiesen partir de dinámicas experienciales que conecten su vida con sus propias emociones y sentimientos frente a un contenido determinado, que provoquen en ellos una sintonía desde la Palabra de Dios. Asimismo, utilizar la metacognición emocional como un camino de plena conciencia de sus aprendizajes no solo cognitivos, sino también emocionales. Que se sientan tocados por la presencia del Espíritu Santo en sus vidas... Sin lugar a dudas, nuestra creatividad e innovación en este minuto tienen que florecer para llegar a trascender en la vida de los estudiantes.

Desde esta perspectiva, la invitación es que nuestras clases de Religión sean un aporte a la formación integral del ser humano, un espacio de humanización en el que se trabaje y vivencie una verdadera educación emocional desde la pedagogía del amor, y en donde se reconozca a nuestros estudiantes como seres humanos únicos, amados y respetados por Dios. No olvidemos que el amor es la esencia del acto de educar y de ser educado.

En síntesis, los desafíos que nos plantea la educación emocional desde el plano personal y profesional evidentemente nos hacen replantear nuestro modo de actuar y nuestras prácticas pedagógicas. No es un camino fácil, pero los cristianos estamos llamados a vivir el Evangelio con optimismo y fidelidad a nuestro Señor, quien nos regala el don de la vida.

Con Dios se puede todo

Rosa Romero Bravo

Docente en Villa Alegre, región del Maule

Mi situación partió un viernes 13 de marzo 2020. Tuvimos nuestro Primer Encuentro Pastoral como liceo con la hermana Bernardita, en un campo precioso y espiritual. Al liceo en el que me desempeño acude gente humilde de verdad, en su mayoría de campo y pueblo, que de jóvenes tienen escasos sueños porque les resulta difícil visualizar un próspero y feliz futuro. Un liceo de líderes muy responsables, pero a veces extremadamente rigurosos, que a su manera luchan por un liceo siempre mejor...

Ese día mi jefa me dijo: “El lunes no te presentes, todo será *online*, ¡cuídate mucho! Sobre todo tú, embarazada”. Lloré toda la tarde porque la tristeza me ganó; luego me calmé, oré, clamé, me arrodillé y le rogué fuerza y sabiduría a Dios. El escenario es este y tengo que seguir, me dije.

Trabajo *online* desde el lunes 16 de marzo. Desde ese día comenzaron a llegarme hasta 100 guías por revisar a la semana. Trabajo hasta las dos de la madrugada algunos días, recibiendo, revisando, y enviando todo a todos *online*. Cuatro meses *online*, de mucha paciencia y sabiduría.

Mis alumnos, unos tristes, otros contagiados, unos sin internet, otros solo queriendo poder estudiar... Y así, la lista es larga. Sin embargo, pese al escenario, y del escaso apoyo y comprensión de nuestro Ministerio de Educación, debemos hacer Religión *online*, guías *online*, en medio de una amarga pandemia y desde el hogar.

Día a día trato de escuchar más a mis alumnos que a mí misma. Las clases *online* son casi personalizadas, pues es muy baja la asistencia en mi liceo. Me da pena ver tanto dolor e incertidumbre en algunos, tanta flojera en otros. Siempre les digo: afirmémonos en las promesas de Jesucristo, hoy debemos afrontar y cruzar este gran puente. Seamos fuertes y responsables. Sigamos adelante siempre.

Mi embarazo llega casi a su fin, inicié la etapa prenatal. Y la verdad es que trabajé muy esperanzada, emocionada, expectante, y sí, también a ratos estresada y muy cansada, pero firme; así me ha tenido Dios trabajando durante esta pandemia. Mis alumnos son la razón por la que Dios aún me tiene aquí; lo veo claramente en un liceo de jóvenes que añoran apoyo, guía, escucha o un simple consejo. Si bien es difícil, con Dios se puede todo.

Allanando la tierra, labrando, aireando y abonando

Cristian Prado Medel
Académico de la Universidad Finis Terrae

Estimada(o) colega, antes de comenzar, tres datos para considerar:

1. Según el MINEDUC³, en Chile hay 11.574 instituciones educativas de enseñanza básica y media, de las cuales 3.150 se declaran de orientación católica (27% de los colegios de Chile). Vale acá decir que las familias chilenas, en general, no escogen el colegio por su proyecto educativo ni confesión religiosa, sino que hay otros criterios que priman (ej. la percepción de la convivencia escolar, la proximidad al domicilio y la sensación de seguridad)⁴.

3 Centro de Estudios MINEDUC (2019). Estadísticas de la Educación Pública 2018, pp 16-17. Extraído desde <https://centroestudios.mineduc.cl/wp-content/uploads/sites/100/2019/11/ANUARIO-2018-PDF-WEB-FINALr.pdf>

4 Canales, Manuel, Bellei, Cristián, & Orellana, Víctor. (2016). ¿Por qué elegir una escuela privada subvencionada? Sectores medios emergentes y elección de escuela en un sistema de mercado. *Estudios Pedagógicos (Valdivia)*, 42(3), 89-109. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-07052016000400005>

2. Los resultados de la Encuesta Nacional Bicentenario⁵, señalan que solo un 45% de los chilenos se declararon católicos en 2019, versus un 70% en el año 2006.
3. El año 2019 un 76% de los chilenos afirma “creer en Dios y no tener duda de ello”, dato que se mantiene alto (a pesar de que el año 2006 era un 94%).

Estas realidades numéricas se reflejan también dentro de la sala de clases, o detrás de las pantallas. Quizás muchos de tus alumnos no profesan la fe católica (conozco a muchísimos colegas profesores que trabajan en colegios públicos y privados no confesionales que deben hacer su clase solo con un par de estudiantes por sala, ya que los demás están eximidos). Incluso, dentro de los mismos colegios confesionales, estudios recientes han demostrado que el porcentaje de estudiantes de colegios católicos que se declaran “incrédulos”, ya sea porque nunca han creído o porque han perdido la fe, es estadísticamente superior en relación a los estudiantes de colegios laicos⁶.

La realidad en Chile, por lo tanto, será dura para aquellos profesores de Religión que crean que aún estamos viviendo en los tiempos de cristiandad (o sea, cuando la sociedad

5 Encuesta Nacional Bicentenario Pontificia Universidad Católica de Chile (2019). Extraído desde https://encuestabicentenario.uc.cl/wp-content/uploads/2019/11/EB_RELIGION.pdf

6 Núñez Hernández, Rodolfo, & Imbarack, Patricia. (2019). ¿Quién es el Dios de los jóvenes? Una aproximación a la imagen de Dios en estudiantes de enseñanza media. *Sophia Austral*, (24), 83-102. <https://dx.doi.org/10.4067/S0719-56052019000200083>

profesaba y vivía “naturalmente” los valores cristianos desde la casa...). Nuestra realidad es la de los números presentados. Nos gustaría que fuese diferente, pero esta es la tierra en la cual debemos sembrar.

Los profesores de Religión lo son para TODOS los estudiantes, no solamente para los católicos. No estás llamado a ser solo el docente de los que no se eximieron. Tu misión como docente va dirigida a los que profesan la fe católica y a los que te miran desde el prejuicio. Por esta razón, te debes preparar y formar para atender las necesidades (sobre todo) de aquellos estudiantes que nunca en su vida han tenido la oportunidad de acercarse a su espiritualidad o hacerse la pregunta por la trascendencia. ¿Qué tenemos que ofrecerles a los estudiantes no creyentes en estos tiempos pandémicos complejos, de preguntas y búsquedas fundamentales?

Varios autores nos ofrecen sencillos itinerarios y prácticas para ir “preparando nuestra tierra espiritual” a la llegada de la semilla. El objetivo es ir –con paciencia– labrándola, aireándola y abonándola, confiando en que el sembrador hará su parte. La siguiente es la propuesta de un conjunto de sencillas acciones, aplicables a todos nuestros estudiantes (creyentes o no), con el fin de lograr el *hábito espiritual*, condición obligada para tener una experiencia religiosa sana:⁷

7 Este conjunto de acciones es un compendio basado en: Huggen-Dols, S. & Goetghebeur, F. (2018) *Petit cahier d'exercices de spiritualité aussi simple qu'une tasse de thé*. Editions Jouvence (Genevè); Gómez Villalba, I. (2014) *Educación la inteligencia espiritual*. Ediciones Khaf (España);

- a) Practicar el “detenerse”, el parar la actividad frenética y romper con las rutinas que nos autoexigimos. Esto se logra sobre todo teniendo instantes diarios sin reloj, celular ni otras reuniones.
- b) Experimentar el silencio, como espacio ideal para encontrarnos con nosotros. Practicar el “perderle el miedo al silencio”. Rutinas de 30 segundos que luego se van ampliando día a día.
- c) Practicar la contemplación exterior. Educar el hábito de admirar un paisaje, un aroma, un sonido, un gusto, para evidenciar detalles nunca vistos. Acercar a la simpleza de la creación.
- d) Practicar la meditación. Existen distintas variables de la práctica meditativa, pero todas coinciden en el acceso al momento presente. Comenzar por instantes cortos, pero habituales.
- e) Admirar las obras de arte. Una pintura, una escultura, un poema, un trozo musical diferente, la arquitectura, etc., conectan la profundidad del artista con la subjetividad del espectador.
- f) Estimule a los estudiantes a hacerse preguntas profundas sobre la realidad interior y exterior. Aquí está la base de la filosofía y del conocimiento humano.

Torrallba, F. (2010). *Inteligencia espiritual*. Plataforma Editorial S.L. (Barcelona).

- g) Fomente el diálogo entre estudiantes desde la escucha y la acogida. Que la discusión de ideas sirva también para que se cuestionen sus convicciones, acogiendo la verdad que hay en el otro.
- h) Fomente el cultivo de hábitos físicos saludables: el ejercicio físico diario, la alimentación sana y la atención a nuestro cuerpo nos ayudan en el dominio de uno mismo y el autocontrol.
- i) Ayude en el ejercicio de la pregunta por el propósito. Esto significa fomentar en nuestros alumnos preguntas como ¿qué sentido tiene mi vida? o ¿qué quiero hacer de ella en el futuro?
- j) Acerque a sus estudiantes a la experiencia de la fragilidad humana. Acercar a experiencias de enfermedad, vejez o muerte ayuda a despertar las preguntas de sentido.
- k) Exponga a sus estudiantes a trozos selectos de textos sagrados. La sabiduría contenida en estos textos muchas veces es integrada fácilmente por ellos. Una frase puede cambiar sus corazones.
- l) Proponga un camino para la práctica de la solidaridad. No toda experiencia solidaria es aconsejable para todas las edades. Sea cuidadoso. Haga un itinerario. Avance en complejidad.

Estas prácticas, en su conjunto, son aplicables a todos nuestros estudiantes (creyentes y no creyentes). La idea

es plantearlas como el desarrollo de un hábito: un hábito (bueno o malo) se forma por la repetición constante en el tiempo. La clave es incorporar estas acciones en la rutina diaria de los estudiantes, o sea, en su día a día, dentro de su horario escolar.

Hay muchas experiencias exitosas al respecto. Seguramente ya se te están ocurriendo ideas.

Te dejo, para que las pienses...

Educación virtual en tiempos de pandemia

Alexander Félix Sagas Vásquez
Docente en Parral, región del Maule

Al margen del arduo estrés que genera protegerse del covid-19, los costos familiares del distanciamiento social y todo lo que ello involucra, he tenido que sobrevivir a la adaptación de una nueva rutina personal, en la que he transformado mi comedor en oficina, he debido aprender a realizar mi trabajo diario de una manera distinta y con nuevos recursos que sin duda han despersonalizado la dinámica pedagógica.

Sin embargo, viendo el otro lado de la moneda, este tiempo de trabajo virtual ha sido una oportunidad de implementar innovaciones educativas que quizás en otro contexto jamás me habría dado el tiempo de llevar a cabo; tampoco son grandes descubrimientos revolucionarios, en realidad son cosas muy añejas, pero súper útiles. En estos 3 meses he aprendido a ponerle voz a una presentación Power Point, logré editar con éxito un par de videos y estoy manejando la plataforma educativa *Classroom*; sé que no son grandes logros, pero estas acciones han tenido un gran

impacto en mis estudiantes, al menos en aquellos que tienen posibilidades de acceso a internet.

Por último, quiero señalar que ningún método de aprendizaje remoto reemplazará la dinámica presencial profesor-alumno. No niego que estos sistemas a distancia ayudan bastante y son un desafío permanente que llegó para quedarse, pero antes habrá que combatir barreras de base como la pobreza y la precariedad que creíamos desterradas de este país, lo cual genera brechas extremas de acceso a internet, analfabetismo digital y falta de disponibilidad de computadores en los hogares.

Profesores de Religión: posibilidades y certezas

Albertina Quezada Bravo
Académica de la Universidad Católica del Maule

La situación de crisis que estamos viviendo hoy ha fragmentado la vida de todos y ha descolocado todo aquello que estaba bien ordenado y que seguía una estructura. Los procesos educativos no son la excepción, y eso nos pone a pensar en la mejor manera de hacernos cargo de la formación de los educandos en Chile en este contexto. Es decir, enfrentamos grandes desafíos en educación, especialmente porque las distintas asignaturas inevitablemente deberán asumir en sus contenidos el factor de la contención.

Si consideramos la asignatura de Religión y sus docentes, es posible ver que se pueden anticipar tres grandes certezas sobre las cuales pudieran fundamentar su labor, atendiendo, por cierto, a las condiciones desfavorables que tenemos. La primera certeza los posiciona ante la realidad de que son demasiadas cosas que han cambiado y, en ese cambio, aparece una nueva forma de ver la función de los docentes y más específicamente de los profesores de Religión Católica, surgiendo así la gran posibilidad que tienen estos

docentes de entregar un mensaje de esperanza desde los contenidos de la asignatura, como aporte a la contención de los estudiantes. Parece que es pedir demasiado en estos momentos, pero si lo vemos desde la perspectiva cristiana el gran mensaje de esperanza se identifica claramente con la alegría de la buena noticia que trae Jesucristo; pero hoy, más que nunca, acompañado de la actitud del docente, es decir, “aprender de Jesús a tomar la cruz y abrazar junto a Él los sufrimientos de muchos” (Papa Francisco, 2020). La forma de sentir y transmitir este mensaje de esperanza cristiana puede significar un cambio en la vida de los niños y jóvenes y permitir al docente revertir situaciones en las cuales la desolación y el sinsentido sobrepasan las ganas de seguir adelante.

Si hablamos de estrategias, una de ellas puede ser formar o fortalecer el sentido de empatía en los alumnos, ayudarlos a ponerse en el lugar del otro, cultivar esa interioridad que puede cambiar la vida del estudiante, y que al mismo tiempo le ayudará a darse cuenta de que todo lo que ha pasado no solo le ha ocurrido a él. Enfatizar en aquellas situaciones que son parte de su vida y que le permitirán encontrarse consigo mismo y con lo demás, como un ser humano en proceso de formación. Promover la caridad cristiana desde sus fundamentos, desde el mensaje cristiano que constituye el núcleo central de esta asignatura, permitiendo a los estudiantes reconocer en ese mensaje aquello que está, para la mayoría, tan lejano hoy de sus pensamientos como lo es

el empatizar en una situación crítica como la que estamos viviendo.

Es una gran posibilidad hacerse cargo, desde la asignatura, de la experiencia de vida de los estudiantes. Es algo que el profesor o profesora está llamado a realizar y eso debería constituirse en una meta alcanzable y, más que una meta, una motivación para hacer que su mediación pedagógica se transforme en un mensaje de esperanza para los ellos.

La segunda certeza está en el plano curricular, en relación con el nuevo Programa de Religión Católica, que plantea una nueva comprensión de la asignatura de Religión respecto de sus orientaciones al desarrollo de la religiosidad y la espiritualidad de los estudiantes, respetando siempre la libertad y la conciencia de cada uno frente a su situación cultural y familiar. Esta certeza, definitivamente, viene a fortalecer el reconocimiento de la asignatura como una vía para acceder a la interioridad de los educandos y desde allí entregarles nuevas formas de ver la vida y el futuro, reconociendo una estructura fundamental en el ser humano como es esa dimensión trascendente que da lugar a todas las otras dimensiones.

Si lo vemos desde un punto de vista filosófico, lo trascendente es aquello que permite al ser humano superarse, pasar límites más allá de un punto de referencia, es decir, permite traspasar la experiencia que en este tiempo de crisis nos hace permanecer estáticos sin poder avanzar hacia otra forma de pensar, de sentir y de vivir. Esta es otra

meta que los docentes de Religión pueden lograr ahora, en esta situación y tiempo tan adversos.

Aun más, en medio de esta adversidad, surge algo muy positivo como es el hecho de fortalecer, en la clase de Religión, el sentido de humanismo pedagógico que permita un verdadero encuentro con el estudiante a través del desarrollo de su religiosidad y espiritualidad, sembrando en el terreno fértil que suele ser la naturaleza del niño o joven y que les permite vivir plenamente. Pero hacerlo significa que este docente también debe mirar su propia religiosidad y espiritualidad para alcanzar un acercamiento real, que logre cambiar esa mirada de tristeza e incertidumbre que seguramente se verá en la mayoría de los niños. Aquí los profesores de Religión tienen la posibilidad de hacer este cambio efectivo y afectivo tratando de que los estudiantes puedan reconocer el humanismo en su labor, tomando en cuenta que estos son muy receptivos y no solo aprenden, sino que sienten que en lo pedagógico está, antes que otra cosa, lo humano, aquello que se hace creíble en tanto se siente de parte del que enseña. Es el momento de abrazar la gran tarea de lograr objetivos tan personales y a la vez tan necesarios para un docente como es hacerse cargo del crecimiento interior de los educandos fomentando su desarrollo religioso y espiritual, actuando de acuerdo con valores y normas éticas que les permitan asumir responsabilidades y compromisos consigo mismo y con los demás.

Otra certeza es la formación integral, es decir, como profesores de Religión, sentir que tienen la gran

responsabilidad, por medio de esta asignatura, de atender y desarrollar aspectos específicos que considera la Ley General de Educación como son, entre otros, la formación ética, espiritual y afectiva. Que sea realmente un desarrollo efectivo, que logre formar en el niño y el joven esa dimensión que los hace personas únicas e irrepetibles, orientando procesos que les permitan la realización plena, desarrollando e incrementando la autoestima y la confianza en sí mismos, que seguramente se verán muy afectadas en el presente. Sentirse encargados de colaborar activamente en esta formación integral, que hoy más que nunca juega un rol preponderante en la formación de los educandos. Ayudar a los estudiantes, especialmente en estas circunstancias, a alcanzar un desarrollo moral, espiritual, intelectual y afectivo que los faculte para conducir su propia vida en forma autónoma, plena, libre y responsable, con ellos mismos y con los otros.

También es fundamental el rol de la asignatura y de los docentes en la formación de los ciudadanos del futuro, porque el cumplimiento de su tarea les permitirá avanzar hacia una sociedad más humana, donde los valores fundamentales estén a salvo y se revistan de esperanza en un futuro mejor para todos. Desde esta asignatura, se hace necesario ayudar a los niños y jóvenes a mirar el futuro desde un paradigma cristiano, para que comprendan que su formación no solo se relaciona con el desarrollo intelectual y físico, sino ante todo, con el de esa dimensión trascendente que pertenece a

su espiritualidad y religiosidad proveniente de su dignidad humana.

Son posibilidades que tienen los profesores de Religión que se pueden convertir en certezas, en la medida en que las reconozcan como metas que les dan sentido a su ser y su quehacer, y que los singularizan como educadores que, a diferencia de otros, colaboran especialmente en la formación de estudiantes y los ayudan a vivir y a desarrollar su dimensión trascendente como un aspecto esencial de su crecimiento personal.

2020: una mirada distinta a la asignatura Religión

María Salas Retamal
Docente en Chimbarongo, región del Libertador
General Bernardo O'Higgins

Generalmente, los profesores de Lenguaje, Matemática, Inglés o Ciencias enviaban tareas para que los estudiantes las desarrollen en casa. Sin embargo, los docentes de Religión en pocas ocasiones lo hacían. Ahora por motivos del teletrabajo a consecuencia de la pandemia, las familias comienzan a interesarse en la asignatura. Los estudiantes, junto con sus familias, están desarrollando la espiritualidad, dándose cuenta de que a través de simples gestos pueden aportar al hogar y a construir un mundo mejor.

He tenido la posibilidad de leer oraciones hechas por ellos, muy profundas, y reflexiones acerca de temáticas en las que uno reconoce que “acá el estudiante tuvo un buen apoyo”, y se felicita por ello. Incluso, en una de las últimas guías les solicité que vieran o recordaran una película que les gustara y reconocieran valores cristianos, obras de misericordia o pecados, según su nivel. A partir de eso, tendrían que dibujar lo que descubrieran. Así, estaba

articulando mi ramo con la asignatura de Artes. Llamó mi atención que una estudiante de cuarto básico, quien ha estado estresada como muchos niños en los hogares, me escribe al *WhatsApp* para preguntar si podía dibujar en hoja de bloc; naturalmente, yo le dije que sí, o si lo prefería que lo hiciera en el espacio asignado en la guía. Ella respondió: “¡Me gusta trabajar en bloc!”. Eso me alegró, sentí que estaba aportando a su bienestar emocional.

Esta sencilla experiencia me permite señalar que, en cierto modo, la educación a distancia ha sido beneficiosa para nuestra asignatura, porque las familias muestran apoyo a sus hijos en un ámbito de la educación que muchas veces es desconocido o poco considerado.

Oportunidades y desafíos de la educación religiosa católica en escenarios de crisis e incertidumbre

Pabla Rivera Iribarren

Ingrid Valdivia Díaz

Académicas de la Universidad Católica del Norte

CONTEXTUALIZACIÓN Y PROBLEMÁTICA

Algunas premisas para sustentar esta reflexión tienen que ver con la comprensión del escenario de crisis mirado desde la educación, entendida como un enfoque de derechos. La educación es un derecho humano fundamental, pues gracias a ella los seres humanos nos podemos desarrollar en los ámbitos sociales, valóricos, culturales, entre otros. La educación debe permitir que todas las personas podamos desarrollar nuestras potencialidades y fortalezas. Es aquí entonces en donde la tarea del/la educador/a cobra trascendental relevancia.

La educación es entonces una cuestión de justicia social. Desde esa perspectiva, es necesario comprender que hemos ido avanzando en cobertura para el acceso; sin embargo, aún hay un importante número de ciudadanos

que han estado al margen de poder acceder a la educación o a reales aprendizajes. Se ha avanzado notablemente en políticas públicas que hemos asumido como país, en acuerdos internacionales, sin embargo, aún nos falta avanzar a una educación más equitativa y que la educación escolar cobre sentido para nuestros/as estudiantes. La diversidad cultural, social y económica presente en nuestras instituciones educativas es también el reflejo de nuestra sociedad. Este contexto de diversidad ha implicado importantes avances en nuevas estrategias de enseñanza, estrategias metodológicas, didácticas y tecnológicas; sin embargo, pareciera que aún persiste un enfoque paradigmático más bien tradicional.

En este contexto, ¿cómo nos encuentra la pandemia a las instituciones educativas? Sin duda que nos toma por sorpresa. Por ejemplo, la tecnología era comprendida como un recurso de apoyo complementario a la educación presencial; no obstante, con la pandemia, que nos obliga al confinamiento, pasa a ser la principal aliada y única vía para el desarrollo de nuestras tareas de enseñanza y de aprendizaje. La pandemia implicó tomar medidas de emergencia, implementar plataformas, capacitarnos en el uso de ellas y de diversas metodologías tecnológicas que sin duda han aportado en este contexto; sin embargo, el desafío es profundizar en nuestro real aporte educativo, desde los fundamentos epistemológicos, políticos, pedagógicos y valóricos.

EDUCACIÓN Y ROL DOCENTE

Algunos referentes epistemológicos y teóricos que han influido en la educación como tarea mediadora nos invitan a poner en este escenario criterios de una enseñanza significativa. Hablar de mediación en educación implica que como docentes tenemos la responsabilidad de lograr aprendizajes en nuestros estudiantes, pero también reconocernos como aprendices. Ser mediador/a implica poner en acción los criterios mediadores. La *intencionalidad-reciprocidad*, la *trascendencia* y el *significado* cobran relevancia también para nuestra tarea actual y futura. La *intencionalidad* implica para el docente seleccionar los aprendizajes relevantes y necesarios, no solo conceptuales y teóricos, sino también valóricos. ¿Qué queremos que aprendan nuestros/as estudiantes en este escenario actual? ¿Qué nos parece relevante aprender para una vida más solidaria, más justa, más humana posterior a la crisis que estamos viviendo? La *trascendencia*, como segunda característica, implica que nuestras enseñanzas y nuestros aprendizajes deben ir más allá de la situación de aprendizaje puntual; toda situación de aprendizaje permitirá integrar el nuevo conocimiento con nuevos aprendizajes que permitirán la comprensión integral del mundo en sus diversos ámbitos. La tercera característica, que se vincula con un aprendizaje significativo, es el *significado*, es decir, ¿qué sentido tiene para nuestro/a estudiante lo que queremos enseñar? ¿Sentido afectivo, emocional, valórico?

Una enseñanza en estos tiempos y a futuro implica tener presente estos principios mediadores y también principios de

una enseñanza para todos y todas. ¿Será relevante intentar abordar todos los contenidos en este panorama actual? Sin duda que será imposible reemplazar la modalidad y pretender los mismos objetivos y propósitos. Invitamos en este contexto a tener presentes elementos de una mirada equitativa e inclusiva. Para ello, principios inclusivos como *flexibilidad, priorización, relevancia, pertinencia* nos desafían a seleccionar lo realmente importante y ajustado al contexto, pero no solo para lograr dar curso al período escolar, sino para reconocer que nuestros estudiantes son sujetos de derechos, sujetos de acción, sujetos reflexivos y sujetos que están experimentando profundas emociones en este período. Un bloqueo emocional bloquea la posibilidad de aprender, de pensar, de comunicar. Somos nosotros, profesionales de la educación, quienes tenemos una tremenda oportunidad de proponer aprendizajes significativos, trascendentes, relevantes, pertinentes para que la crisis que estamos viviendo les dé a los estudiantes herramientas para la vida.

MIRADA REFLEXIVA DESDE LA EDUCACIÓN RELIGIOSA CATÓLICA

Nunca antes la humanidad había manifestado con tal nitidez su fragilidad social, económica y sanitaria como en esta pandemia, tiempo propicio para revisar las estructuras vulnerables a la injusticia y para transformar aquellas que no generan bienestar desde la multidimensionalidad del ser humano. Por ello, hoy más que nunca el desafío de

humanizar la educación resuena con más fuerza que en ningún otro tiempo.

¿Qué es humanizar la educación? El tiempo de pandemia nos ha llevado a revalorizar una serie de condicionantes educativas que en otro tiempo no hubieran sido visibilizadas con la importancia con que hoy las miramos; por ejemplo, la relevancia del encuentro humano, de la comunicación verbal y no verbal; el valor de la situación emocional de los estudiantes, al mismo nivel que lo cognitivo; y el énfasis en el desarrollo de habilidades, más que la transmisión de contenidos, entre otras. Es la manera como un enfoque centrado en los estudiantes se presenta hoy como un imperativo repleto de humanización; en otras palabras, de preocupación por el otro, por el que aprende. Humanizar la educación parte por cuestionarnos en la mente y en el corazón de cada uno de nosotros, profesores de educación católica, acerca de cuál es nuestro rol y cuáles son nuestras prácticas humanizadoras como formadores de personas.

Humanizar implica concebir al ser humano, tanto al educador como al educando, según múltiples dimensiones de desarrollo, y considerar, por ende, que en un tiempo complejo como el actual somos afectados no solo en los ámbitos meramente cognitivos, sino también en las dimensiones socioafectivas y espirituales. Por ello, no hay verdadera formación integral si no se asume como propósito educativo el desarrollo del ser humano completo, especialmente su orientación a la trascendencia y a la búsqueda del sentido de la vida.

En un tiempo en el que la fragilidad de la vida es patente, el/la profesor/a de Religión tiene el desafío de proponer sentido, trascendencia y esperanza; al decir del papa Francisco, humanizar la educación desde lo esencialmente humano. Sin embargo, para los docentes este tiempo ha sido desafiante; hemos debido aprender a habitar en nosotros mismos, como antes no lo habíamos hecho, reaprender lo que somos capaces de hacer, replantearnos la vida, repensar la convivencia con los que están próximos, construir vínculos afectivos y pedagógicos a través de medios tecnológicos, y sin duda reencontrarnos con la mirada del Maestro, reencantarnos con la voz de aquel que nos llamó a esta misión formadora.

Es cierto que hemos sido exigidos según estrategias de “priorización curricular”, pero al parecer el nuevo escenario educativo debe ser leído por los profesores de Religión desde la clave que Jesús mismo nos enseñó, con un enfoque formativo de urgencia en estos tiempos, que es la mirada del amor, un amor que se hace acción en la acogida cálida del otro.

¿Qué elementos implicaría este enfoque? La experiencia, aquella que permite la transformación de la persona; la experiencia del otro, del escuchar al otro, aquella experiencia que no busca conocimientos nuevos, aprender muchas cosas, sino que nuestros niños, jóvenes y profesores se reconozcan a sí mismos, con sus temores, sus fortalezas, y gusten de ellas. Es, como lo diría San Ignacio: “Sentir y gustar internamente”. Dios mismo es la persona, ese niño o joven y sus familias, a quienes debemos ayudar a

reconocerse en el momento del retorno y del reencuentro. Sin duda seremos otros. En este contexto, queremos poner una alerta significativa: que no nos confunda y convenza la sociedad del consumo de que volveremos a la “normalidad” deshumanizada, sin cuestionar los daños a nuestra sociedad y a la misma naturaleza.

CONCLUSIONES

La tarea del /la educador/a cobra trascendental relevancia en el actual escenario. Si entendemos la educación como derecho humano fundamental, que permite desarrollarnos en los ámbitos sociales, valóricos, culturales; desarrollar nuestras potencialidades y fortalezas.

Ser docentes es ser mediadores/as, cuyas características de *intencionalidad-reciprocidad, trascendencia y significado* nos invitan a preguntarnos sobre qué queremos que aprendan nuestros/as estudiantes para qué aporten a la construcción de una sociedad más solidaria, más justa, más humana en este escenario actual, y para que sus aprendizajes persistan más allá de la crisis. Considerar principios inclusivos como *flexibilidad, priorización, relevancia, pertinencia* nos desafía a seleccionar lo realmente importante para el contexto actual y futuro.

Volver didáctica la trascendencia es volver tangibles los afectos, generar vínculos pedagógicos significativos, empatía e interés genuino en la experiencia y emocionalidad del otro. Es la *acogida*, que se torna un elemento fundante

en el rol del profesor de Religión. Ayudar a nuestros/as, niños/as y jóvenes a abrir el corazón, para menguar el impacto socioafectivo de vivir la demanda actual, podría permitir mejores condiciones de adaptación. Allí está la posibilidad mediadora e integradora que podemos hacer de las experiencias vividas por nuestros estudiantes.

Sin embargo, nadie puede dar lo que no tiene. Como profesores de Religión debemos llenarnos, madurar la trascendencia de nuestro rol y dejarnos acompañar por Dios, para comprender mejor lo que vive el otro, lo que siente el otro, lo que necesita el otro. No podemos ir a los demás si no vamos primero a nosotros mismos.

Docente de Religión hoy

Lucía Santibáñez Salazar
Docente en Santa Cruz, región del Libertador
Bernardo O'Higgins

Es mi primer año desempeñándome como profesora de Religión –con alumnos de educación media– y en mis diez años haciendo filosofía nunca había experimentado tanta ingenuidad frente al desarrollo de una asignatura devaluada por su entorno. En un principio fue difícil, ya que tenía la sensación de que luchaba psicológicamente con estudiantes que vivían una adolescencia llena de conflictos e incongruencias en el ámbito espiritual. Fueron dos semanas iniciales desgastantes y fructíferas a ratos, tratando de articular los antiguos Programas de Religión, que sentía que ya no respondían a las necesidades de los estudiantes.

Una vez que se cancelaron las clases presenciales y se iniciaron las clases mediante videoconferencia, las cosas no mejoraron. Se comenzó a dar prioridad a lo que comúnmente se conoce como asignaturas importantes, que tienen algún tipo de medición externa; la asignatura que había estado relegada fue relegada aun más a trabajar en un segundo plano, sin poder responder de forma adecuada a los estados

complejos en los que se encuentran los estudiantes. Pero en estos duros momentos se presentan las ansiadas nuevas Bases Curriculares y el Programa de Estudio, los cuales han ayudado a sobrellevar la necesidad evidente de un cambio en la asignatura; sin embargo, cuesta hacer que el interés fluya frente a una cotidianidad que se dispersa en un desconocimiento de la realidad del otro. Trabajamos en la incertidumbre de no poder tomar conciencia real de lo que nuestros estudiantes están percibiendo, de la incidencia de la educación que les estamos entregando.

¿Acompañar a otros en la experiencia de creer? Desafíos de una docencia que, *en ocasiones*, pareciera avanzar en solitario

Efraín Ignacio Sáez Montero
Académico de la Universidad Católica de Temuco

La clase de Religión, a partir de su ontología, es un espacio de desafíos y constantes búsquedas de cómo llevar adelante una tarea que pudiera comprenderse en tanto rol docente como rol ministerial eclesial.

Inicialmente el rol docente surge a partir de una vocación, y en tanto *llamada*, obedece a una trayectoria que instala a las y los docentes de esta asignatura en un campo de acción, en el cual confluyen otros tantos que desarrollan la labor de enseñar en escuelas del campo y la ciudad, en centros educativos confesionales y no confesionales, en establecimientos que en diversos lugares de nuestra geografía quizás a veces no ofrecen las condiciones más aptas para la enseñanza religiosa escolar católica.

Dicho rol del docente avanza en la carrera de un sistema competitivo que propone metas a conseguir inexorablemente,

a costa de lo que sea. En la vorágine educativa, entonces, los profesores de Religión son sujetos valorados en su identidad conciliadora, rostro cercano, disposición a escuchar, y aún más, una sempiterna capacidad resiliente que les viene dada por su sola naturaleza de sentirse llamados a ser testigos y testimonio de Aquel que es Buen y Único Maestro (cf. Mt 23,8).

En este último tiempo ha sido tremendamente desafiante la labor docente de los profesores de Religión. Tan solo por mencionar algunos, dada su vocación han sabido responder a diversos desafíos: una asignatura cuya calificación muchas veces no incide en la promoción académica, la indiferencia hacia lo religioso que, en la “cultura del descarte” (cf. *Laudato si'* 16-22), desecha el hablar en torno al terreno de la opción creyente, y actualmente (debido a la contingencia sanitaria) al escenario de “priorización” en el cual la clase de Religión y quienes la imparten no han sido plenamente incluidos como parte del currículum integral que busca el desarrollo multidimensional del ser humano, tal como lo pregona y declara el marco legal chileno en materias de educación.

Estos desafíos, y tantos más que pudieran surgir en cuanto a las más variadas experiencias de los profesores y las profesoras de Religión en Chile, son con todo ello una tierra siempre fértil pero, quizás, poco aprovechadas para ser cultivadas. Bien sabido es que la clase de Religión es un espacio de escucha y acogida en la multicolor diversidad cultural y religiosa. Y con esta tremenda oportunidad,

quienes desarrollan la docencia en la enseñanza religiosa escolar acompañan procesos de crecimiento personal, académico y espiritual de niños y jóvenes a lo largo y ancho del país.

Entonces, es ahí donde tiene cabida el rol ministerial y eclesial de los docentes de Religión católica, llamados a ser el brazo pedagógico de la Iglesia en el aula. En torno a este rol, quisiera detenerme en una urgencia poco mencionada: aquella que versa sobre el rol que (con o sin contingencia sanitaria) es llevado a cabo con un audaz y tierno empeño, el de ser acompañantes de procesos de búsqueda, crecimiento y profundización de la experiencia creyente, frente a una sociedad en donde todo se diluye y polariza en función del consumo de lo inmediato.

Acompañar es parte del currículum vitae del profesor de Religión, de modo tal que en su docencia no solo deben ser hábiles mediadores entre el conocimiento de lo religioso y quienes lo desean adquirir, sino que también deben adentrarse en las aguas de aquellos que navegan al encuentro con la dimensión religiosa que es inherente al ser humano desde tiempos pretéritos.

La labor antes mencionada es así una demanda natural hacia la enseñanza religiosa escolar, ya que creo, sin temor a equivocarme, que es una de las asignaturas junto con filosofía que permiten a las y los estudiantes la búsqueda de respuestas a las más profundas interrogantes por el sentido de la vida. Sin embargo, para acompañar previamente se debe haber vivenciado la experiencia de ser acompañado

o estar en dicho proceso. Entonces surge la pregunta: ¿cómo viven los profesores de Religión esta experiencia? ¿Existen actualmente estos espacios de gratuidad en donde se experimente la gracia de ser acompañado en el camino? Si las respuestas a las cuestiones anteriores se hilan en torno a un gran signo de interrogación, entonces, como Iglesia, estamos en deuda. Deuda que, junto a la histórica que Chile tiene con el cuerpo docente, no puede ya ser eludida.

Por ende, tenemos la oportunidad de revitalizar el don y el carisma que harán de los y las docentes de Religión un renovado ministerio eclesial que beba del pozo en donde Jesús mismo es quien se revela como compañero de camino, explicando las Escrituras y partiendo para nosotros el pan (cf. Lc 24,13-35).

Finalmente, el rol acompañante de los profesores de Religión está hoy más que nunca necesitado del acompañamiento permanente de nuestros pastores, de las comunidades eclesiales y de los docentes que ya han transitado por las caudalosas aguas del quehacer pedagógico, a fin de ofrecer a quienes comienzan o están en medio de esta labor educativa instancias de crecimiento y retroalimentación, formación y escucha para crecer juntos, y no aislados, en el fortalecimiento de una asignatura apasionante y desafiante.

¡Acompañarse para crecer juntos! pareciera ser la consigna que ayudará a afrontar las nuevas exigencias que los contextos actuales ofrecen a la enseñanza religiosa escolar

católica, en función de otorgar sentido a una docencia que, en palabras del papa Francisco, debe mostrar, junto con toda la Iglesia misionera *en salida*, la alegría del Evangelio y su fuerza transformadora (cf. *Evangelii gaudium* 20-24).

Pastoral, pandemia y pobreza

Francesca Valentina Santoro Hevia
Docente en la comuna de Peñalolén, Santiago

Durante los últimos años estuve realizando clases de Religión en colegios particulares privados. Solo por obra de Dios, este año comencé a trabajar en un colegio particular subvencionado ubicado en la población Lo Hermida; esta vez como Encargada de Pastoral. Es un colegio católico cuyo índice de vulnerabilidad supera el 80%, donde el 95% de las familias son del mismo sector.

Me bastó compartir dos semanas con los estudiantes para, por su forma de relacionarse, percatarme de sus carencias afectivas, económicas y sociales. Hoy dichas carencias han aumentado notablemente con la pandemia, sin dejar de lado las consecuencias del estallido social en el aumento del desempleo.

No ha sido fácil el ser y hacer pastoral en el colegio, así como tampoco lo ha sido la impotencia de saber que hay familias que no tienen alimento para llevarse a la boca, debiendo recurrir a ollas comunes, o que han tenido que dejar sus casas por no pago. La realidad de las clases *online* propuesta por el gobierno es un desafío, pues en este contexto

no suele haber más de un celular con acceso a internet por casa. A esto se suma la cantidad de contagiados que hemos tenido en la población –2.593 al 10 de julio de 2020–, en muchos casos familias completas de nuestro colegio.

El acompañamiento en la pérdida, la oración por enfermos y difuntos, y la gestión de campañas de alimentos, entre otros, se han vuelto mi quehacer diario. ¡Cuánto daría por estar más cercana a las familias que tanto nos necesitan hoy!

Acerca de los fines y el sentido de la Educación Religiosa Escolar. ¿Con qué soñamos?

Francisco Vargas Herrera
Académico de la Pontificia Universidad Católica
de Valparaíso

Escribo estas líneas en medio de un mundo y un país que se encuentran bajo el acecho de una pandemia. Sí, hasta escribir esta frase me resulta extraño. Pandemia, una palabra que hasta antes de este año conocía casi solo como un concepto teórico, ahora lo experimento cotidianamente con todo lo que su presencia en medio de nosotros acarrea y nos exige. Escribo, además, para colegas, profesionales de la educación religiosa escolar (ERE) que seguramente desde lugares diversos están procurando continuar con su tarea educativa, desde luego, con no pocas adversidades. Sé que son tiempos muy difíciles para muchos de ustedes y para sus familias, por lo tanto, mi primera palabra es una palabra de solidario apoyo y de cercanía humana. Además, escribo con el imperativo de que este texto tenga una extensión breve. Son muchos entonces los desafíos que tengo al intentar

decirles algo relativamente coherente. Desde ya les pido que consideren estas líneas solo como reflexiones “en voz alta” y no como consejos o directrices. Si estas reflexiones les ayudan a ustedes también a pensar en parte su quehacer profesional, habrá valido la pena este pequeño esfuerzo.

Me gustaría centrar estas reflexiones en el relevante tema de los fines y el sentido de la ERE. Sé que se trata de un tema muy amplio y normalmente reducido a la ya clásica expresión “síntesis vital entre fe y cultura”, pero me parece que es un tema urgente y fundamental, considerando sobre todo que el actual contexto social nos debería empujar como profesores de Religión a visitar el contenido de esta expresión, lo que en definitiva es revisar críticamente el sentido y el objeto de nuestra profesión. Que nosotros nos volvamos a hacer la pregunta acerca de los fines de la ERE me parece de la mayor importancia, no solo con un afán especulativo para nuestro desarrollo profesional docente, sino además para establecer principios orientadores que permitan modificar nuestras prácticas pedagógicas para contribuir en la construcción de una sociedad profundamente humana, y por lo mismo, más cristiana. Considero entonces que volver a instalar las preguntas basales: *Educación religiosa escolar, ¿quién eres?, ¿para qué existes?* es algo tremendamente importante, especialmente hoy, en un país que experimenta profundos y veloces cambios. Respondernos estas preguntas nos puede acercar a la ERE que soñamos por medio de una discusión seria e informada acerca de cómo es y cómo debería ser nuestra tarea educativa.

Soy consciente de que esta invitación a reflexionar la hacemos desde un momento crucial en la historia mundial. Tal vez lo primero que debemos pensar es acerca de los aprendizajes que la experiencia de la pandemia y especialmente el confinamiento y el aislamiento social están trayendo y traerán para nuestra trayectoria vital y profesional. Estas experiencias están modificando, sin dudas, nuestras maneras de comprender la vida y de comprender y practicar la educación. Creo que después de esta experiencia no volveremos a ser los mismos, y depende ciertamente de nosotros que seamos mejores. ¿Cuáles pueden ser entonces algunos de los desafíos que este escenario novedoso de cambios y pandemia nos presenta a los profesores de Religión? ¿Cómo debería ser la ERE para este nuevo contexto educativo? ¿Cuáles deberían ser algunos de sus rasgos característicos? Deseo plantear aquí algunas ideas que –aunque parciales e insuficientes– me parecen pueden ser estimulantes al momento de dar respuesta a estas cuestiones fundamentales.

Comencemos haciendo una primera opción: necesitamos una ERE abierta a los cambios sociales y que se deje permear por todos los saberes escolares. Creo que en materia de ERE esto hoy es muy necesario, especialmente porque nos exigirá estar en atenta conexión con la cultura en general y con la cultura escolar en particular. Esto abre a nuestra disciplina a la transformación necesaria para poder responder efectivamente a los fines más nobles de la educación: humanizar y ofrecer herramientas para construir

un sentido para la propia existencia. Supone asumir una ERE que promueva una nueva actitud crítica frente al escenario sociocultural vigente y que nos permita transformarlo para el beneficio de todos. En esto creo que la ERE tiene hoy la tarea irrenunciable de ser contracultural, en el sentido de ayudar a los estudiantes a reflexionar críticamente y generar resistencia frente a todo aquello que imponga criterios deshumanizantes en nuestra sociedad.

Todo esto la ERE debería hacerlo desde lo que es propio y exclusivo: su dimensión curricular. Bien sabemos que el currículum escolar en cuanto espacio de disputa está lejos de ser neutro, pues se caracteriza por incluir visiones, comprensiones, tendencias acerca de qué es relevante que sea aprendido desde la institución escolar. Hay aquí entonces una flagrante oportunidad para que la ERE se articule con el resto de currículum escolar aportando con sus saberes específicos: visiones de la realidad que superan los límites de la razón humana y que ofrecen a los estudiantes experiencias religiosas de encuentro íntimo y amoroso entre ellos y entre ellos y Dios.

Un segundo aspecto relevante sería que la ERE ayudara a sus estudiantes a valorar el aporte de las religiones en el contexto social. Esto significa favorecer que nuestros estudiantes conozcan el patrimonio cultural y la sabiduría que diversas religiones aportan a la humanidad. Lo anterior solo se puede hacer si la ERE asume el desafío de la pluralidad. Es la única posibilidad de educar para el reconocimiento de quienes creen de forma diferente a la

nuestra o de quienes no creen. En esto, el rol que puede jugar una educación para la espiritualidad es decisivo, precisamente porque esta dimensión humana puede ser reconocida tanto dentro como fuera de las tradiciones religiosas. Es el momento de entender que la escuela es un espacio plural y diverso también en materia religiosa, y lo que ella exige de los profesores de Religión es que seamos especialistas entre diversas cosmovisiones creyentes y no creyentes. La ERE, igual que toda actividad humana, no es neutra; somos los educadores los primeros llamados a decidir si queremos una escuela para la igualdad o para la exclusión, si queremos transformar o transmitir, si queremos formar para la producción mercantil o para el sentido.

La ERE debería ayudar también a nuestros estudiantes en el proceso de reconocerse como seres eminentemente relacionales. Una ERE que no ayuda a sus estudiantes a abrirse radicalmente al encuentro con los otros no puede ser propiamente educación religiosa, ya que no podrá generar las condiciones necesarias para que los estudiantes se abran al radicalmente Otro. Por eso, la ERE debe ser hoy más que nunca una oportunidad de encuentro y de práctica de experiencias humanizantes, y sobre todo un espacio de reconocimiento de una común dignidad humana y de unas múltiples diferencias que desde la participación nos enriquecen a todos. Estoy convencido de que la ERE puede ayudar a las nuevas generaciones a construir juntos un nuevo lenguaje para decirnos, unas nuevas formas para relacionarnos, unas nuevas prácticas para incluirnos. Luego,

la ERE no debe limitarse a la transmisión de conceptos, sino que más bien priorizar experiencias educativas portadoras de sentido que ayuden a los estudiantes a reconocerse como personas amadas incondicionalmente por Dios y llamadas a construir un proyecto vital responsablemente asumido.

El desafío educativo del que hablo es entonces de carácter educativo, cultural, ético y político. ¿Quiénes estarán a la altura de tamaña empresa? Intuyo que solo aquellos que entiendan que la ERE está llamada hoy a ser un espacio privilegiado para allanar los caminos que nos permitan respondernos acerca de quiénes somos y qué debemos hacer. ¿Cómo es entonces la ERE que soñamos? Una educación religiosa escolar que esté al servicio de los grandes valores éticos del ser humano, que privilegie el ser por sobre el tener, la auténtica autoridad sobre el poder, la libertad responsable en cuanto fuerza creadora de convivencia democrática; que promueva la solidaridad, que se comprometa con la justicia, que revalorice el concepto del servicio y del esfuerzo, que promueva la responsabilidad como la más auténtica expresión del amor humano y que se abra a la posibilidad de la Verdad y del Misterio.

Que el Dios Espíritu nos siga animando para hacer de nuestros sueños una realidad.

El sufrimiento: una oportunidad para plasmar el legado de Cristo aprendido en las clases de Religión

Javier Soto Molina
Docente en Linares, región del Maule

Cuando la pandemia comenzó en marzo de este año 2020 a azotar a nuestro país, no creí entender de mejor manera la labor hermosa que tengo, ni mucho menos ver el florecimiento del espíritu cristiano, plantado y regado por mucho tiempo en mis estudiantes, e iluminado a través de los años por otros colegas con enseñanzas basadas en el amor, la empatía, la solidaridad y la unión.

Hoy, pese a la distancia social que nos aqueja, se han regado por varios rincones del colegio campos de amor, de unión y fraternidad, conceptos sublimes que muchas veces vemos en la asignatura de Religión y que hoy, sin embargo, se plasman día a día en la realidad por medio de diversas campañas para quienes más lo necesitan. En otras palabras, el sufrimiento causado por la actual crisis ha generado que los principios fundamentales del legado de Cristo basados en el amor afloren como hermosos pétalos

de rosas, embelleciendo corazones de pequeños estudiantes y levantando su espíritu con miras a un futuro mejor.

Si por casualidad lees esto y aún te haces la pregunta sobre mi experiencia con las clases de Religión en medio de esta crisis, solo se me viene a la mente explicártelo de esta manera. Soy privilegiado por impartir esta asignatura que llena el alma y que le da un sentido más claro a mi existencia.

Dios en modo *online*

Elizabeth Valdés Montecino

Docente en la comuna de Providencia, Santiago

Los últimos meses nos hemos enfrentado a una mezcla de emociones frente a la situación social y sanitaria que estamos viviendo: angustia compartida, solidaridad y esperanza en que pronto estaremos unidos a las personas que queremos. Ha surgido la necesidad de encontrar respuestas en Dios, y nuestra asignatura pasa a cumplir un rol importante porque nos interpela y nos insta a acompañar a niños, jóvenes y a sus familias, y a desarrollar las herramientas necesarias para enfrentar el aislamiento social que a todos nos afecta.

Este tiempo ha sido una escuela de aprendizaje. En primer lugar, por controlar la propia angustia ante lo nuevo y a veces lo inesperado. Profesionalmente, pasamos de realizar clases presenciales, con metodología de acuerdo al nivel, a enfrentarnos a una sala virtual en la que no manejábamos ninguna experticia; el conocimiento previo apenas había consistido en hacer videollamadas a la familia y amigos. Ahora comenzamos a enfrentarnos a cámaras apagadas, micrófonos a ratos encendidos, estudiantes que al parecer

están conectados y, no menos importante, a las exigencias de los apoderados.

En este tiempo he experimentado grabar clases en *Loom*, subir el material a *Classroom*, usar conexión *online* en *Meet* o *Zoom*, mientras decidía cuál sería el formato final para realizar el trabajo docente. Me queda la gran satisfacción de que, a pesar de trabajar el doble y más que antes, este tiempo ha sido una oportunidad para crecer a fin de que mis clases sigan siendo de calidad, porque soy profesional y, como tal, busco dar lo mejor en beneficio de mis estudiantes.

Para que la enseñanza escolar de la religión sea fructífera, es fundamental que los docentes sean capaces de poner en relación la fe y la cultura, componentes humanos y religiosos, la ciencia y la religión, la escuela y otros agentes educativos. La tarea del docente es finamente educativa, orientada a la madurez humana de los alumnos. Al mismo tiempo, se pide que los educadores sean creyentes y comprometidos en el crecimiento personal de la fe, pertenecientes a una comunidad cristiana, y deseosos por dar razón de su propia fe a través de sus mismas competencias profesionales.

Pontificio Consejo para la Promoción
de la Nueva Evangelización,
Directorio para la Catequesis. CELAM,
Santafe de Bogotá, 2020, n.º 318



Ediciones

UNIVERSIDAD FINIS TERRAE

ISBN: 978-956-391-041-4



9 789563 910414